

JOHN KING FAIRBANK

CHINA

UNA NUEVA HISTORIA

ÍNDICE

INTRODUCCION

Enfoques para la comprensión de la historia de China

PRIMERA PARTE

Surgimiento y decadencia de la autocracia imperial

1. Los orígenes: los descubrimientos arqueológicos
2. La primera unificación: el confucianismo imperial
3. Reunificación en la era budista
4. La gran era de China: los Song del norte y del sur
5. La paradoja de la China Song y el Asia Interior
6. El gobierno en la dinastía Ming
7. La exitosa historia de los Qing

SEGUNDA PARTE

China Imperial Tardía 1600-1911

8. La paradoja del crecimiento sin desarrollo
9. Intranquilidad fronteriza y apertura de China
10. Rebelión y restauración
11. La primera modernización y la decadencia del poder Qing
12. La revolución republicana 1901-1916

TERCERA PARTE

La República de China 1912-1949

13. La búsqueda de una sociedad civil china
14. La revolución nacionalista y el gobierno de Nankín
15. La reaparición del Partido Comunista Chino
16. La guerra de resistencia china 1937-1945
17. La guerra civil y los nacionalistas en Taiwan

CUARTA PARTE

• La República Popular China, 1949-1991

• 18. Establecimiento del control del Estado y del campo

• 19. El Gran Salto Adelante 1958-1960

• 20. La Revolución Cultural 1966-1976 ~ 224 a 263

21. Las reformas de Deng Xiaoping 1978-1988

EPILOGO

CUARTA PARTE

La República Popular China, 1949-1991

Desde el punto de vista del PCCh, que no es lo mismo que decir el pueblo chino, los primeros ocho años de la República Popular -desde octubre de 1949 hasta fines de 1957- constituyeron un primer período creativo, de reconstrucción, crecimiento e innovación. Este prometedor comienzo fue seguido por dos períodos de desastre y gran convulsión: el Gran Salto Adelante de 1958-1960, al que le siguieron unos años de recuperación económica (de 1961 a 1965), y la Revolución Cultural de 1966, período que termina con la muerte de Mao Zedong en 1976. En esta secuencia, la primera y la tercera fase fueron testigos del progreso económico bajo el liderazgo de competentes organizadores y administradores pertenecientes al PCCh. La segunda y la cuarta fase, sin embargo, estuvieron dominadas por Mao Zedong. Comenzaremos con la consolidación del control político por parte del PCCh entre 1949 y 1953, y después veremos la transición económica hacia una agricultura "socialista" (colectivizada) y una industrialización de estilo soviético desde 1954 hasta 1957. A partir de 1958, la masa trabajadora en la agricultura quedaría organizada en torno a un sistema de producción que se mantendría por veinte años, hasta la muerte de Mao. Los violentos excesos de la Revolución Cultural alejaron tan profundamente a importantes sectores de la sociedad china, que los años entre 1966 y 1976 han sido calificados como la "década perdida".

Los años 70 trajeron consigo la gradual reapertura de universidades, y una era de consolidación y desarrollo bajo el lema de las Cuatro Modernizaciones (Agricultura, Industria, Ciencia y Tecnología y Defensa) comenzaría a fines de 1978 cuando Deng Xiaoping finalmente asumió el poder. El apogeo de la reforma durante los años que van de 1978 a 1988 se vería marcado por la división en los comités, los acalorados debates y los en ocasiones inútiles esfuerzos por controlar y canalizar el crecimiento económico. En definitiva, se haría evidente que el gobierno central y el partido, aun trabajando unidos, no serían capaces de mantener bajo control el adelanto material del pueblo chino. Los instrumentos de gobierno eran adecuados para la represión, pero no tan útiles para el liderazgo en el mundo moderno. El destino de China dependería de la capacidad de los agentes políticos para obtener la cooperación de la clase intelectual instruida en la modernidad, tanto de los científicos en sus especialidades como de los escritores y artistas y su creativa reacción frente a urgentes problemas sociales y culturales. De este modo, el sistema político pasó a ser el foco del problema. La "democracia" se convirtió en un lema que se oponía a los cuatro principios fundamentales de la dictadura del PCCh. El fracaso de la economía centralmente planificada para proveer lo suficiente para satisfacer las necesidades del pueblo determinó los intentos de introducir elementos de una economía de mercado, pero los resultados no fueron del todo satisfactorios.

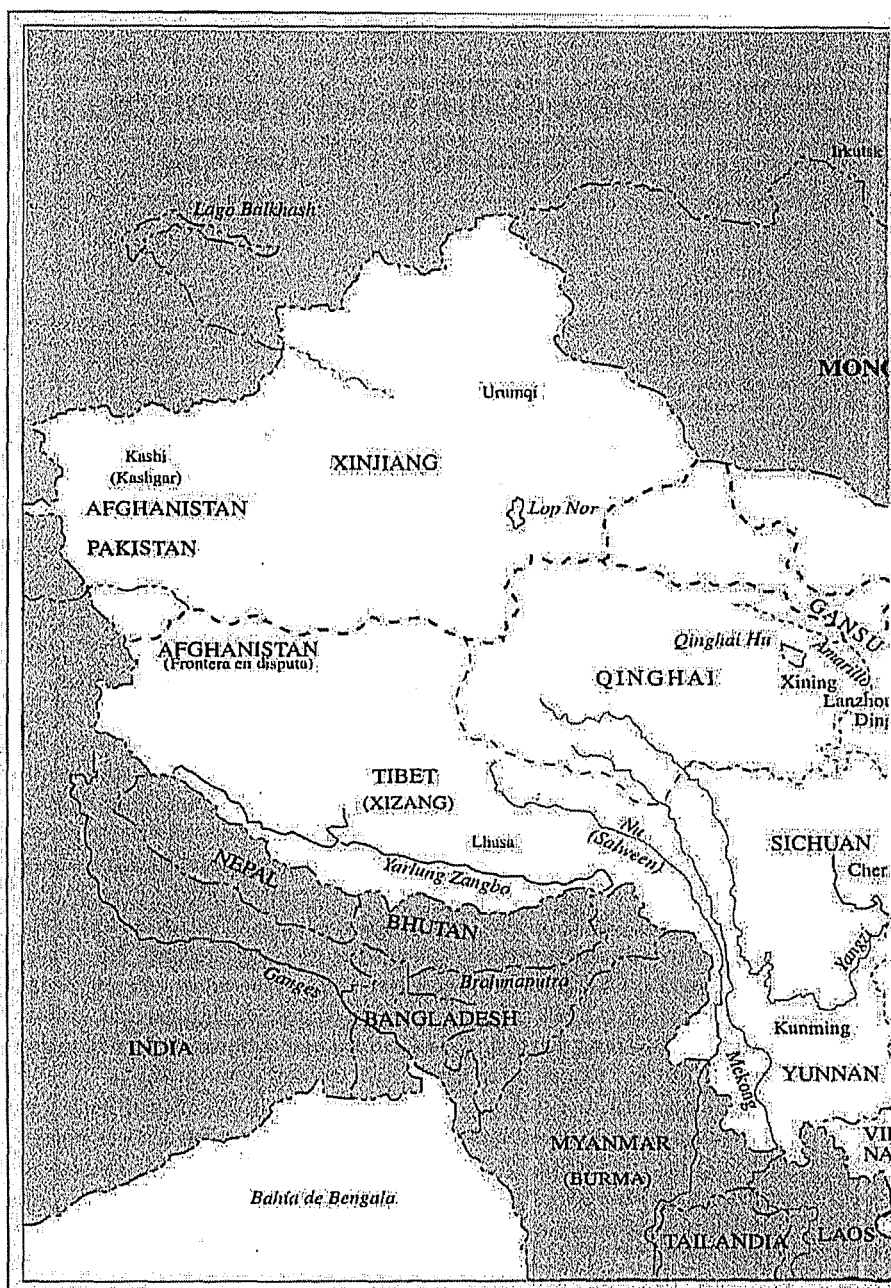
Tras una década de reforma -de 1978 a 1988-, el PCCh descubrió que sus intentos por dar marcha atrás, en 1989, eran inútiles. Hacia 1991, y considerando sólo nominalmente las órdenes centrales, el desarrollo de algunas provincias marchaba viento en popa.

18. Establecimiento del control del Estado y del campo

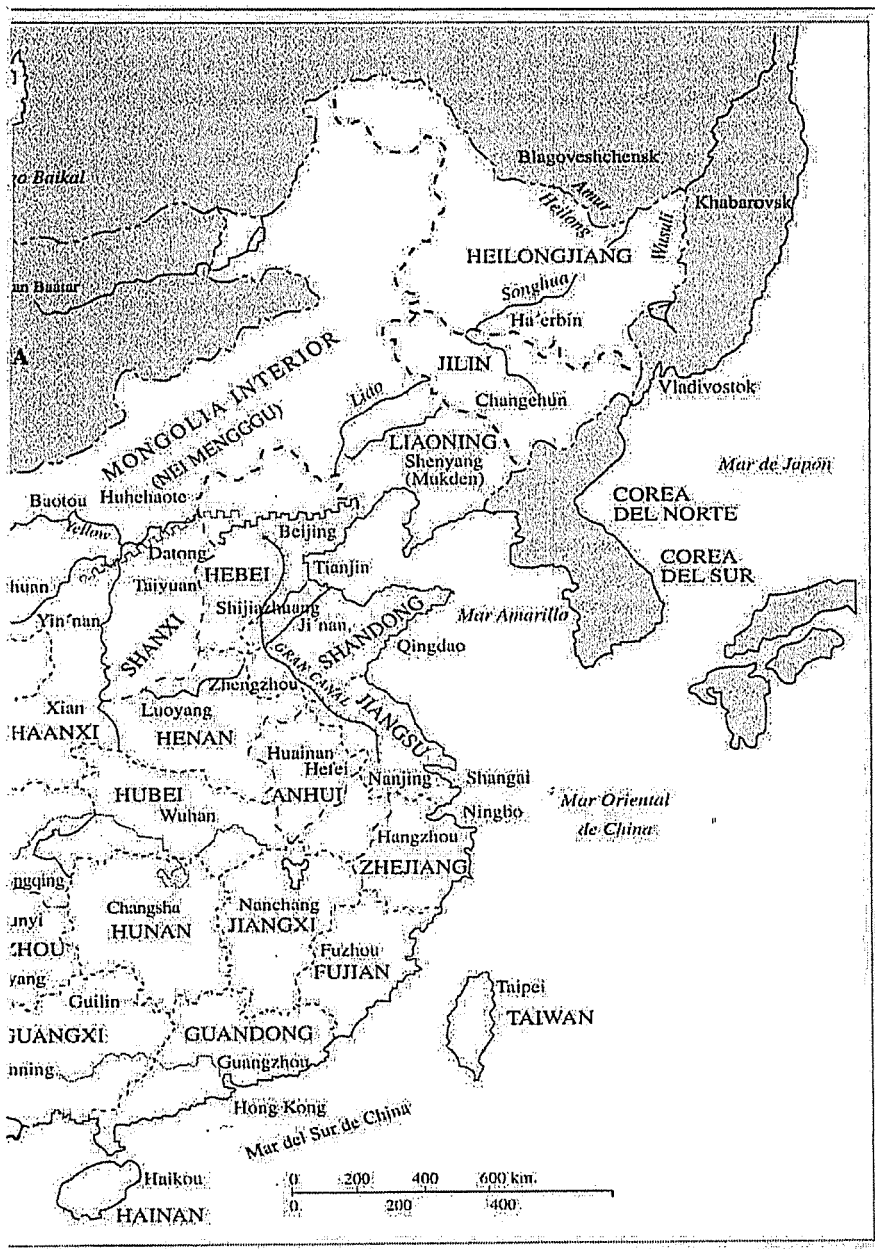
Creación de un nuevo Estado, 1949-1953

En el Estado chino, el control de la población por parte de los gobernantes y los burócratas usualmente había sido la base de la paz, el orden, la prosperidad y el poder. El Partido Comunista Chino en el poder lograría un control eficiente por medio del adoctrinamiento ideológico y de las motivaciones propias, tanto de temor como de esperanza, del pueblo. Al asesinato se recurrió sólo en tanto cuanto fue necesario mantener latente el motivo del terror. Tal como los manchúes, que establecieron su reino en Manchuria del sur y designaron administradores chinos aun antes de apoderarse de China en 1644 y después, el PCCh instauró un gobierno en China del Norte y el Noreste mientras ganaba la guerra civil. Bajo el mando de Mao, ahora el líder indiscutido tanto en la teoría como en la estrategia, los altos dirigentes del PCCh funcionaban como un equipo, discutiendo los asuntos políticos en el Politburó y adaptando las directivas centrales a las condiciones locales. Destacados comandantes de campo como Peng Dehuai, Lin Biao, Nie Rongzhen y Chen Yi trabajaron todos con Mao y Zhou Enlai durante muchos años. Algunos de los creadores del partido, como Liu Shaoqi y Deng Xiaoping, habían formado parte de la organización de Yan'an. Constituían un grupo probado y monolítico.

El Ejército de Liberación Popular se expandió en primer lugar por China del Sur y del Sudoeste por tratarse de áreas recientemente liberadas (ver Mapa 24). Seis cantones o regiones administrativas militares dividieron el país, siendo inicialmente administradas por comisiones militares que fueron abolidas en 1954. La sensación general en el PCCh era que se necesitaría de unos tres años para recuperar el curso normal de la economía y para movilizar al pueblo antes de poder comenzar la transformación de la sociedad.



24. República Popular China.



La primera decisión adoptada por el nuevo gobierno consistió en mantener en sus puestos a la mayor parte de los funcionarios locales del Kuomintang. Este personal retenido continuó recibiendo su salario y realizando sus funciones. Después de todo, totalizaban alrededor de dos millones de personas, mientras que el PCCh contaba en ese entonces, a lo más, con 750 mil cuadros para encargarse de tales labores.

La segunda medida fue el control de la inflación mediante el uso concertado de diversos mecanismos: 1) la apropiación de todo el sistema bancario, con lo que se obtenía el control de todo el crédito, 2) el establecimiento de asociaciones comerciales a nivel nacional para cada producto importante, con lo que lograban el control de los bienes, y 3) el pago al personal en términos de una canasta de mercado, es decir, calculando los salarios no en dinero sino en productos básicos -tanto grano, tanto aceite, tanta ropa y así-, con lo que se tranquilizaba al pueblo. De este modo, sin que los salarios estuviesen sujetos a la inflación y creando una base estable para el comercio, se logró un equilibrio en el flujo de bienes y dinero y la inflación se redujo a cerca de un 15% anual. Ello constituyó literalmente la salvación de la clase asalariada.

La reconstrucción de las líneas férreas y el restablecimiento de las líneas de vapores no presentaron grandes problemas logísticos, pero que el PCCh se precipitara en la guerra de

Corea tras sólo un año en el poder pareció entonces un acto riesgoso. En octubre de 1950, los "voluntarios" chinos sorprendieron y obligaron a detener el avance norteamericano hacia la frontera con China en el río Yalu. En total, la República Popular envió a Corea más de 2,3 millones de soldados, incluyendo cerca de dos tercios de su ejército de campaña, artillería, fuerza aérea y todos sus tanques, y se enfrentaron al fuego norteamericano que para la época de la tregua, en julio de 1953, les había causado numerosas bajas. Aunque obtuvieron cierta ayuda de Moscú, la guerra implicó un serio desgaste de los recursos de China. Por otra parte, resultó útil para la reorganización de la sociedad. La campaña pública para "combatir a Estados Unidos, ayudar a Corea" sirvió de aglutinante, tal como ocurriera previamente con la guerra contra Japón y la guerra civil, en cuyos términos se pudo organizar drásticamente al pueblo.

El sentimiento público en las ciudades después de 1949 era de euforia en su fase inicial, y se fundaba en una creciente confianza en el PCCh. Lo que veían era un ejército de conquista conformado por jóvenes campesinos estrictamente autodisciplinados, corteses y serviciales, el polo opuesto de las tropas rapaces y brutales de los señores de la guerra e incluso de los nacionalistas en retirada. Lo que veían era un gobierno dedicado, realmente abocado a una labor de limpieza, no sólo de los canales de desagüe y las calles, sino también de mendigos, prostitutas y criminales de poca monta, todos los cuales eran sometidos a rehabilitación. Lo que veían era una nueva China de la que podían sentirse orgullosos, que controlaba la inflación, abolía los privilegios de los extranjeros, acababa con el hábito de fumar opio y con la corrupción en general, y movía a la ciudadanía a realizar múltiples actividades sociales para reparar obras públicas, expandir el alfabetismo, controlar las enfermedades, fraternizar con la clase humilde y estudiar la Nueva Democracia y el Pensamiento de Mao Zedong. Todas estas actividades abrieron nuevas puertas para la juventud idealista y ambiciosa. Sólo más adelante se darían cuenta de que los fundamentos de la Tierra Prometida eran la manipulación y el control sistemáticos. Poco a poco, la organización del PCCh penetraría en la sociedad, establecería modelos de conducta, prescribiría el pensamiento permitido y suprimiría las desviaciones individuales.

De la misma manera, a las mujeres se les liberó de la dominación masculina y familiar, al menos en teoría. La nueva ley matrimonial otorgó a la mujer los mismos derechos que al marido, y permitió el divorcio. Ello parecía significar un nuevo amanecer para las mujeres. Más tarde se vio que su emancipación las convirtió en trabajadoras asalariadas de tiempo completo, pero principalmente en trabajos mal remunerados. Al mismo tiempo siguieron siendo las responsables del hogar, con muy poco acceso a los anticonceptivos y, como siempre, sujetas al abuso masculino. Como los refrigeradores eran raros, debían seguir haciendo infinitas colas para comprar los productos de consumo diario.

Mucho antes de que el PCCh pudiese intentar transformar la vida económica y social de las masas chinas, se vio enfrentado al problema de crear una nueva administración con la cual llevar a cabo la revolución. Como los empresarios y los funcionarios del Kuomintang seguían en sus puestos mientras los nuevos cuadros del PCCh se infiltraban en la administración del Estado, la tarea más urgente era eliminar los malos elementos y modernizar el aparato estatal en sí mismo. Entre 1951 y 1952, el blanco de la Campaña de los Tres Antis (anti-corrupción, anti-desperdicio y anti-burocracia) fueron los funcionarios del gobierno, de la industria y del partido. Paralelamente, la campaña de los Cinco Antis atacó la clase capitalista, a la que en un comienzo había dejado intacta. Bajo los cargos de soborno, evasión de impuestos, robo de bienes fiscales, fraude en la mano de obra o en los materiales y robo de información económica reservada del Estado, casi cualquier empleador podía ser llevado ajuicio. El objetivo era asumir el control de las fábricas y forzar a los capitalistas a entregar el capital. Muchos fueron eliminados en una atmósfera de terror, y otros permanecieron en el gobierno como funcionarios.

Dos mecanismos hicieron posibles estos movimientos. El primero fue un nuevo Frente Unido, levantado en 1949 a través de la creación de la Conferencia Consultiva Política del Pueblo Chino como el principal organismo público, aunque sólo de carácter consultivo, que incluía tanto a miembros del PCCh como a líderes no pertenecientes al partido. El Programa Común que ese organismo adoptó en 1949 era un llamado al gradualismo. La primera formación del gobierno contemplaba a la cabeza de la mayoría de sus ministerios a figuras no pertenecientes al PCCh. Ello representaba una movilización de talentos que poco a poco podían ir siendo reemplazados a medida que fuera apareciendo personal competente de entre las filas del partido.

El segundo mecanismo lo conformaron las campañas masivas, que se valían de la estructura de las organizaciones de masas. La clase obrera, la juventud, las mujeres y las entidades profesionales pasaron todas a formar parte de estas organizaciones. Una estructura administrativa a nivel nacional para cada una de ellas podía así llegar a todos sus miembros en cada campaña. De este modo, las primeras campañas -para acabar con los contrarrevolucionarios, combatir a Estados Unidos y ayudar a Corea, además de las Campañas de los Tres Antis y de los Cinco Antis- proveyeron de un esquema cada vez más amplio para llegar a todos los chinos que vivían en ciudades. Tales campañas no sólo descubrían y eliminaban a las víctimas de dudosa utilidad o lealtad, sino que también ponían al descubierto a los activistas más aptos para su reclutamiento en el PCCh. Este contaba en 1947 con 2,7 millones de miembros, y en 1953, con 6,1 millones.

Mientras este proceso de consolidación, gradual y escalonado, en ocasiones esporádico y a menudo aterrador, se desarrollaba en las ciudades y en la economía moderna, en el campo la reforma agraria constituía un proceso paralelo. Esta campaña para dotar a todos los aldeanos de su status de clase, derribar a los terratenientes y elevar al trabajador sin tierras se había venido llevando a cabo principalmente en China del Norte y en las áreas del Noreste bajo control comunista antes de 1949. Pero expandir la reforma agraria a las populosas áreas al sur del Yangtsé resultó una tarea sumamente ardua. Después de la pacificación militar, cuadrillas de trabajo ingresaron a las aldeas y organizaron al campesinado para atacar y destruir a los terratenientes. En esta fase, los campesinos ricos podían no ser atacados, sino más bien temporalmente atendidas sus necesidades. Pero su status oscilaba entre uno asimilable al del terrateniente o al del campesino pobre. Los juicios públicos, las acusaciones masivas y las ejecuciones crearon una atmósfera de terror. Los cálculos varían, pero aparentemente unos cuantos millones de personas fueron asesinadas.

El siguiente paso, en 1954, fue el establecimiento de una constitución del Estado, la que reemplazó el Programa Común y condujo la fase de la Nueva Democracia del desarrollo chino a un abrupto final. Dicha ley fundamental se basaba sustancialmente en la constitución soviética que Stalin estableció en 1936. El resultado neto fue el fortalecimiento del Consejo Administrativo Gubernamental con sus más de cincuenta ministerios. La administración se convirtió en el brazo ejecutivo del partido. La coordinación se aseguraba mediante la condición de miembro dual. Así, Zhou Enlai era Primer Ministro y al mismo tiempo miembro del Politburó; el tercero en la jerarquía, después de Mao y Liu. Una característica no soviética fue el establecimiento de la presidencia del Estado, en poder de Mao, como reminiscencia de los emperadores de antaño. De esta manera tomaba forma el culto de Mao, promovido por el Estado con el fin de satisfacer la necesidad china de una sola figura de autoridad.

A diferencia de la Unión Soviética, los militares y las fuerzas de seguridad pública por lo general se mantuvieron bajo el control partidario. Los ejércitos estaban bajo el mando de la Comisión de Asuntos Militares, encabezada por Mao, mientras que la seguridad pública se hallaba sujeta al control del partido y de un ministerio. En otras palabras, a la policía secreta no se le permitió constituir un escalafón estatal separado ni un feudo independiente capaz de aterrorizar al resto de la administración tanto como al pueblo, como ocurrió bajo el gobierno de Stalin. Asimismo, los militares tampoco disponían de un escalafón propio como bajo Chiang Kai-shek, cuando la comisión nacionalista de asuntos militares impulsó ministerios que rivalizaron con los del partido y los del gobierno.

No obstante, por su naturaleza la fuerza militar formó una casta separada. A pesar de que muchos soldados eran miembros del partido, la influencia de los comisarios políticos que compartían el poder con el cuerpo de oficiales tendió a disminuir a medida que se incrementaba el profesionalismo. El ejército manejaba su propia *nomenklatura* o sistema de personal mediante de un departamento de la CAM no sujeto a supervisión detallada por parte del Comité Central. El departamento político de la CAM tampoco estaba bajo la estrecha supervisión del departamento de propaganda del Comité Central. La Comisión controlaba los diversos ministerios encargados de la construcción de maquinaria, sus propios medios de comunicación y de transporte, campos de aviación y puertos, fábricas e institutos de investigación y, de hecho, su propio presupuesto, el que no era revisado por el Consejo de Estado.

Así, al igual que bajo Chiang Kai-shek, la unidad china se mantuvo gracias a que un solo hombre lideró el partido, el gobierno y el ejército. Como señala Andrew Nathan, las únicas personas que desafiaban directamente a Mao serían sus lugartenientes de la Comisión de Asuntos Militares, Peng Dehuai y Lin Biao. En todo caso, en 1954 el poder quedó concentrado en el comité permanente del Politburó del Comité Central.

Basándose en el principio del mando vertical, los ministerios controlaban agencias subordinadas en los niveles inferiores del Estado, mientras que la coordinación horizontal, en caso de que la hubiese, se suponía que debía resolverse en cada nivel territorial. Mientras tanto, se estableció una serie de Congresos del Pueblo según el modelo soviético a nivel de provincias y más abajo. Cada congreso se escogía de entre una sola lista de candidatos, presentada por el congreso del nivel inmediatamente superior, y era más responsable frente a los congresos que le precedían en jerarquía que a los inferiores. A la cabeza de todos estaba el Congreso Nacional del Pueblo, el que año tras año se reunía para oír informes y confirmar políticas. Los miembros no pertenecientes al PCCh eran aún prominentes, pero el órgano carecía de poder excepto como una instancia de discusión. El control era ejercido principalmente por los comités del partido en todos los niveles de gobierno.

Colectivización de la agricultura

Una vez consolidado el gobierno del Estado, el siguiente logro del PCCh fue la colectivización de la agricultura. A comienzos de la década de 1930, en la Unión Soviética los cuadros de las ciudades habían marchado al campo para atacar y destruir a los campesinos ricos -los *kulaks*-, los que se defendían destruyendo al ganado, fomentando la oposición y por lo general negándose a acatar. La colectivización soviética había sido inmensamente destructiva. En China, sin embargo, el PCCh fue desde un comienzo una organización rural, cercana a los aldeanos y dependiente de ellos, y supo cómo avanzar paso a paso hacia su objetivo final.

El primer movimiento consistió en reunir al campesinado en mutuales; el segundo, en establecer cooperativas de productores agrícolas, en la cuales los agricultores no sólo ponían en común sus tierras y equipos, sino que obtenían una retribución proporcional. Este segundo paso evitó la resistencia de la comunidad de los campesinos ricos, puesto que su posición no fue destruida sino que en un principio mejoró. Pero, como esta reforma agraria sólo incidía en la tenencia de tierras del pequeño 2,6% de familias terratenientes y dejaba a la mayoría -los pequeños propietarios agrícolas- en su lugar, la situación no logró estabilizarse. La distribución de la tierra de los propietarios a sus ex inquilinos y trabajadores sin tierras simplemente fortaleció la propiedad privada. A comienzos de la década de 1950 la tierra aún se podía comprar y vender en forma privada, permitiendo la existencia de una clase campesina más acomodada. Esta era posterior a la victoria del PCCh sería rememorada como un período de luna del miel, cuando el crecimiento comercial, la producción suplementaria, la educación, las pequeñas mutuales campesinas y las cooperativas parecían todos fenómenos muy prometedores. En todo caso, los campesinos se mostraban muy reacios a entregar su propiedad privada, sin importar lo reducida que ésta fuera.

No tardó en ponerse en marcha la tercera etapa de cooperativización, que pasó desde el nivel inferior de las cooperativas de productores agrícolas al nivel superior, que era verdaderamente colectivo y donde los campesinos trabajaban para obtener un salario sin importar su contribución de propiedades, herramientas, animales y tierra. Muchos miembros del PCCh discutieron y se opusieron a esta impetuosa exigencia de Mao. Pero, durante el desarrollo de la segunda etapa, cuando la reforma agraria había distribuido las propiedades de los terratenientes y algunos aldeanos tomaron violentas medidas comunales esparciendo el terror, el PCCh ubicó y reclutó a activistas locales y el organizado fervor de éstos dio impulso a la tercera etapa de la campaña de colectivización. Desde 1954 hasta 1956, las nuevas colectividades se expandieron mucho más rápido de lo que muchos esperaban, y fueron nominalmente completadas. Una cooperativa de productores agrícolas (CPA) de nivel superior era por lo general parte de una aldea o la totalidad de ella. Entre 1958 y 1978 estas unidades recibieron el nombre de "grupos de producción". Constituían la capa inferior de una estructura de tres niveles: grupos de producción que formaban brigadas, y brigadas que en 1958 formaron comunas. La República Popular había creado un aparato rural que el gobierno nacionalista jamás podría haber imaginado.

El Estado bajo la República Popular penetró en las masas hasta el nivel de la familia, la que ahora formaba parte de una CPA o, después, de un equipo de producción; así, la organización de las zonas rurales llegó a ser muchísimo más completa que en cualquier otra tentativa previa en la historia china. En efecto, el agricultor ya no poseía ni arrendaba tierras; tampoco disponía de su trabajo ni de su producto. Se encontró caracterizado con un cierto estatus de clase y obligado a participar en actividades laborales, reuniones y otros trabajos colectivos en los que se basaba su subsistencia. La supervivencia dependía de la adulación, la mentira y la

traición, así como de la renuncia a las viejas esperanzas y lealtades y de otras prácticas propias de un Estado policial.

¿Qué se escondía detrás de esta exitosa historia oficial de colectivización? Después de una investigación de diez años a una aldea (Wugong) situada unos 200 kilómetros al sur de Pekín, un equipo encabezado por Edward Friedman, Paul G. Pickowicz, Mark Selden y Kay Ann Johnson (1991) finalmente se granjeó la confianza de importantes actores locales, los que les facilitaron una valiosa documentación. Esta registra una dilatada lucha, cada vez más amarga y al final devastadora, por oponerse a esa moderna clase de esclavitud que implicaba el control del partido.

El acontecimiento más relevante en este ámbito fue el surgimiento de una nueva élite desde la sociedad campesina, personificada por los cuadros de la organización del PCCh. Este nuevo liderazgo campesino se formó por autoselección, en la medida en que los más enérgicos y ambiciosos de entre los jóvenes encontraron la oportunidad de ascender en la nueva estructura de poder. A diferencia del igualitarismo democrático y de la pluralidad de oportunidades propia de la experiencia norteamericana, estos nuevos dueños del poder eran expertos en la creación de *guangxi* (redes de conexión), en la adulación para congraciarse con sus superiores y en la explotación autoritaria de los inferiores, al estilo tradicional chino. Intensamente políticos en cada uno de sus actos, estos nuevos cuadros buscaban instintivamente el status, el poder y las prerrogativas que los situaban en un nivel apartado de las masas y afianzaban su condición de nueva élite local. La ideología de la boca para afuera, el halago a sus valedores, el exprimir las arcas fiscales como si ello fuera la recompensa normal que correspondía al cargo, rara vez se veían constreñidos por una conciencia confuciana de responsabilidad hacia las masas ni por una concepción educada respecto de las necesidades nacionales o el bien público.

Este éxito nominal de la colectivización fue aclamado como un paso gigantesco hacia la consecución de beneficios económicos en el área rural. Pero en realidad se trataba de la penetración final del Estado en el seno de la familia campesina, de la politización de la vida de los agricultores con el fin de controlarla.

La agricultura colectiva en la práctica

Durante los veinte años que van desde 1958 hasta 1978, el 75 u 80% de la población que integraba la China rural quedaría prisionera de una relación umbilical con el nuevo Estado. Como afirma Jean C. Oi (1989), aunque las revoluciones comunistas pueden rehacer la estructura de poder; "no alteran el problema esencial de la política campesina: cómo deben ser distribuidas las cosechas". Dicho asunto se convirtió en el centro de interés constante en las relaciones entre el campesino y el Estado. La forma como el PCCh se aseguró el abastecimiento de grano para alimentar a las ciudades en desarrollo y ayudar a financiar la expansión industrial es una historia primordial de la era maoísta.

La estructura de la colectivización agrícola fue coronada por la instauración de las comunas en 1958. La gigantesca magnitud de la operación, muy superior a lo que la mayoría de los extranjeros puede imaginar, demuestra una especial capacidad, propia de los chinos. En 1958, una vez completada la estructura de colectivización, el agricultor individual se encontró sujeto a seis niveles diferentes de administración: en la cima estaba la provincia, seguida por la prefectura, el condado, la comuna, la brigada y el equipo de producción. Bajo los 2 mil condados de China había 70 mil comunas. Por lo general, cada comuna podía compararse en tamaño con una antigua comunidad de mercado normal. Bajo estas 70 mil comunas existían 750 mil brigadas, cada una de las cuales tenía el tamaño aproximado de una aldea y reunía a cerca de 220 familias, casi mil personas. Por debajo de las brigadas estaban los cinco millones de grupos de producción, cada uno integrado por aproximadamente 33 familias o 145 personas (ver Tabla 6).

Sobre esta estructura global, el Estado instituyó ahora el monopolio del grano, procurando y distribuyendo el alimento básico a todo el país. Este monopolio regulaba los precios y le indicaba al agricultor qué producir y en qué cantidad. En una perspectiva histórica, ello constituía un logro de alta política, una soberbia aplicación del antiguo arte chino de la organización y manipulación del campesinado por parte del Estado a través de sus funcionarios locales.

Al mostrar sus certificados de inscripción familiar, en los que se especificaba el lugar donde vivían, los aldeanos obtenían sus raciones de grano. Si viajaban a otra región, allí no podían

obtener raciones. De este modo, una vez cerrados los mercados libres de grano los agricultores de ordinario no podían viajar, quedaban como fijados a la tierra y su alimento dependía del grupo de producción en el cual trabajaban. Resulta verdaderamente paradójico que el Estado revolucionario, tras haberse legitimado liberando al campesinado del dominio de los terratenientes y de otras represiones, ahora lo tuviera restringido como nunca antes. El Estado se había convertido en el máximo terrateniente, y el mantener la legitimidad en esa circunstancia constituyó toda una prueba en el arte de gobernar.

TABLA 6. UNIDADES ADMINISTRATIVAS RURALES Y SUS CARACTERISTICAS GENERALES, 1974 Y 1986.

Agricultura colectivizada, 1974	Agricultura familiar, 1986
Comuna (<i>gongshe</i>), 70.000	Municipio (<i>xiang/zhen</i>), 71.521
2.033 hectáreas	1.317 hectáreas*
15 brigadas de producción	12 aldeas
3.346 familias	2.737 familias
14.720 personas	11.886 personas
100 grupos de producción	
Brigada (<i>shengchan dadui</i>), 750.000	Aldea (<i>cun</i>), 847.894
133 hectáreas	111 hectáreas*
220 familias	231 familias
980 personas	1.002 personas
7 grupos de producción	
Grupo (<i>shengchan xiaodui</i>) (5 millones)	Pequeño grupo de la aldea
33 familias	(<i>cun xiaozu</i>)
145 personas	Irregularmente organizado
20 hectáreas	

Reproducido de Jean Oi, *State and Peasant in Contemporary China: The Political Economy of Village Government* (U. of California Press, 1989, p. 5).

* No incluye los 20,63 millones de hectáreas cultivadas por agricultores estatales.

El desafío fue encarado mediante un muy inteligente ardid en dos etapas. En primer lugar, se mantuvo el impuesto agrícola estatal en el mínimo. En un comienzo dicho impuesto alcanzaba aproximadamente al 10% de la cosecha, pero fue reducido en forma gradual hasta cerca del 4,5%. Nadie podía alegar que al campesinado "se le cobraban altos impuestos". El segundo paso fue establecer un tope más allá del cual la cosecha era considerada un "excedente", y luego pedir a cada grupo de producción que contribuyese con grano (principalmente arroz o trigo) de su "excedente" vendiéndoselo al Estado en el valor que éste había fijado, esto es, bajo el precio de mercado. ¿Cuál grupo sería el que más contribuyese a la causa del Presidente Mao? El campesino, si era lo suficientemente ingenuo -y pocos lo eran-, podía sentirse así como un benefactor, no como un siervo.

Específicamente, la cosecha se dividió de la siguiente manera: primero se debía pagar el impuesto agrícola, la porción del Estado. Después, se apartaban los "tres fondos retenidos": para la semilla del próximo año, para el forraje y para las raciones de grano. Este último era la porción del campesino, que le era entregada por el propietario colectivo del grano, es decir, por su grupo de producción. La ración campesina constaba en parte de una ración básica por persona y en parte de grano obtenido por puntaje -el que usualmente se pagaba en efectivo- en relación al trabajo realizado (la proporción entre las raciones per cápita y las raciones por puntajes de trabajo era por lo general de siete a tres). Estos puntajes constituían un incentivo para trabajar aún más. La ración total de grano asignada a cada persona se establecía a un

nivel de subsistencia, pero, como Jean Oi y otros puntualizan, la definición china de subsistencia implicaba considerablemente menos grano que la norma internacional establecida por las organizaciones de socorro. Una ración de "subsistencia" está definida internacionalmente como una que provee de 1.700 a 1.900 calorías diarias, y comienza a hablarse de "excedente" desde las 1.900 a 2.100 calorías por día. En China las cifras eran notablemente inferiores, de modo que los "niveles considerados internacionalmente bajo el de subsistencia se consideraban en China como si estuvieran por sobre el nivel de excedente".

Habiendo declarado el resto de la cosecha como un "excedente", la China de Mao estaba entonces preparada para comprar una porción del excedente a sus productores. La cantidad total que debía procurar la adquisición estatal la establecían los rangos superiores de la burocracia de seis niveles, que estaba por encima del grupo de producción. Cada nivel recibía la cifra asignada, hasta llegar a los cuadros de la comuna y la brigada, quienes supervisaban la aceptación final del compromiso entre los grupos de producción.

En este proceso por lo general inflexible, el jugador clave era el líder del grupo, un aldeano usualmente miembro del partido y al que se le designaba por un período determinado de años. Ya que tenía autoridad sobre su equipo, debía competir con los cabezas de otros grupos en el regateo y los acuerdos que comprometerían a su grupo a producir y vender al Estado parte de su "excedente" al bajo precio fijado. Así, el líder del grupo era el máximo intermediario en el sistema de adquisición de grano, mediando entre sus inferiores, los miembros de su equipo, y sus superiores de la brigada y los cuadros. Dicha función era tan antigua como la historia de China, y constituía el nudo de la política rural y de las relaciones interpersonales en la aldea. Era natural entonces que el líder del grupo se viera envuelto en relaciones de clientelismo con otros individuos tanto por arriba como por debajo de su nivel. Allí es donde surgen sus conexiones (*guangxi*); allí es donde inevitablemente aparece y a menudo florece la corrupción. La guerra entre agricultores y recaudadores de impuestos sin duda precede a la guerra de los sexos. Y es por lo menos tan sutil y sofisticada como ella. En sus operaciones en dos frentes, hacia su grupo y hacia sus superiores, el líder del grupo de producción podía obtener la cooperación de su equipo para oponerse a los objetivos del Estado. Falsificar las cuentas, llevar incluso dos juegos de libros de contabilidad, presentar informes incompletos, inflar los gastos, entregar grano después de caída la noche para que no quedase registrado, retener grano dejando los campos sin segar para alimentar mejor a los animales, ocultar nuevos cultivos a los inspectores de las brigadas: cientos de artificios como éstos para engañar a los cuadros de las brigadas podían combinarse con un esfuerzo verdadero por mantener relaciones cordiales con ellos e incluso por crearles un cierto compromiso psicológico por medio de banquetes, obsequios y favores. Sin embargo, los relatos de cómo un grupo lograba engañar a los cuadros de la brigada poseen la patética cualidad de las leyendas sobre prisioneros que escapan de la prisión: constituían raras excepciones a la explotación sistemática de los agricultores por parte de los cuadros del partido.

Asimismo, el jefe del grupo disponía de un abanico de métodos para lograr que los miembros de su equipo trabajaran más. Pero era difícil mantener un alto nivel de incentivo entre los agricultores. Tras la muerte de Mao en 1976, quedaría de manifiesto que la estrategia del Estado de encajonar al agricultor para que entregara más grano no había sido muy efectiva. Después de 1978, cuando se le dio una mayor oportunidad al campesino para sacar provecho de su propio trabajo, comenzó a producir muchísimo más. Pero hasta ese nuevo día permaneció bajo el control del Estado y del partido.

El comienzo de la industrialización

La victoria comunista de 1949 había estimulado la emigración de las aldeas a las ciudades. La población urbana de China creció rápidamente, de cerca de 57 millones en 1949 a casi 100 millones de habitantes en 1957. Hacia 1960 totalizarían 131 millones. La continua emigración campo-ciudad mantuvo la tasa de desempleo en las ciudades en altos niveles, hasta que tanto la mano de obra rural como la industrial fueron sometidas al control institucional. Los trabajadores industriales, el "proletariado" de China, habían sido difíciles de hallar en la era republicana, puesto que los contratistas de mano de obra que cooperaban con los empresarios para oponerse a los sindicatos reclutaban a trabajadores no especializados en el campo. En 1949, todavía tres quintos de la fuerza laboral dedicada a la manufactura eran artesanos que trabajaban por cuenta propia. En 1957, la mayoría de ellos fueron absorbidos por las

cooperativas urbanas de artesanía; mientras tanto, la fuerza laboral se había duplicado y más de la mitad de ella trabajaba en fábricas.

El modelo estalinista de industrialización, que privilegiaba la industria pesada a costa de la agricultura, no era aplicable al caso chino a causa del evidente predominio de la actividad agrícola en la economía oriental. Aun así se alcanzaron ciertas metas tempranas, y la mentalidad de "salto adelante" ya estaba presente en el esfuerzo por socializar la industria.

El monopolio estatal sobre la industria se vio favorecido por el hecho de que la Comisión Nacional de Recursos (CNR) de los nacionalistas ya había asumido el control de dos tercios de la inversión industrial de China. En 1949, los ejecutivos de la CNR y sus 200 mil empleados permanecieron en el continente. Deseaban instaurar una economía controlada por el Estado que se guiara por los lineamientos soviéticos, y rechazaron la preferencia norteamericana por un desarrollo mixto. Los ingenieros de la CNR dirigieron la expansión industrial en la República Popular hasta que, en 1958, el Gran Salto Adelante comenzó a desplazarlos del centro de la acción, un proceso que la Revolución Cultural se encargaría de completar después de 1966.

En lugar de tender -en un lapso de varios años- hacia una combinación de manejo capitalista y estatal de la industria, el PCCh siguió el ejemplo de colectivización que ya había impuesto en la agricultura. Rápidamente la campaña de colectivización absorbió el manejo industrial en la forma, pues en la práctica hubo que dejar que el elemento capitalista siguiera funcionando. La verdad es que los cuadros del PCCh en todo el país sabían muchísimo más de agricultura que de industria. Su patriotismo, y la ambición personal, los llevó a fijar grandes metas para sus proyectos industriales y a informar que aquellas se habían cumplido, sin importar el desarrollo sólido y gradual de los mismos. El activismo del gobierno y de los funcionarios del partido relacionados con la industria se volvió así poco realista.

Una vez que la inflación comenzó a quedar controlada, se amplió la base tributaria y los ingresos gubernamentales aumentaron de 6,5 mil millones de yuanes en 1950 a 13,3 mil millones en 1951. El continuo déficit fue financiado aproximadamente en un 40% a través de emisiones de bonos. Estos no representaban unidades de moneda, sino el equivalente en especies, y podían ser depósitos bancarios. Mientras el ingreso del gobierno nacionalista se había calculado en cerca de un 5 o 7% del producto nacional bruto, la participación tributaria de la República Popular con respecto al producto se estimó en un 24% en 1952 y un 30% hacia 1957.

El devenir de la industria privada y la industria estatal como un proceso combinado experimentó políticas tributarias y crediticias discriminatorias, las que determinaron que el sector privado, que en 1949 suponía más de la mitad de la industria, se redujera a menos de un quinto. Los artesanos locales, en todo caso, se mantuvieron en gran parte en el sector privado.

El Primer Plan Quinquenal, aplicado entre 1953 y 1957, fue en general considerado un rotundo éxito. El ingreso nacional se elevó a una tasa promedio del 8,9%. Se dijo que el rendimiento agrícola se había expandido en cerca de un 3,8%, ante un crecimiento de la población de aproximadamente un 2,4%. En otros países en desarrollo, el crecimiento económico se hallaba en promedio en torno al 2,5%. India creció a menos del 2% durante la década de 1950. En el papel, las estadísticas de la República Popular eran impresionantes. Según éstas, la proporción de niños escolarizados en el nivel de la escuela primaria dio un salto desde un 25 a un 50%. En general se afirmaba que los salarios urbanos se habían elevado en casi un tercio, y el ingreso de los campesinos en cerca de un quinto.

El desempeño de la República Popular en inversión industrial fue bastante similar al registrado en la Unión Soviética durante el obligado proceso de industrialización de 1928, aun cuando en China el ingreso nacional per cápita en 1950 sólo alcanzaba a la mitad o a un 25% del de la Unión Soviética en 1928. Al adoptar el modelo soviético pensando en una industrialización acelerada -es decir, favoreciendo la industria pesada a costa de la agricultura-, el PCCh se dejó engañar por el hecho de que en la URSS la relación entre población y recursos era mucho más favorable, y la industrialización estaba mucho más avanzada desde antes de la revolución. Cerca de la mitad de la inversión industrial total en la República Popular fue destinada a 156 proyectos que contemplaban la cooperación soviética, todos de gran escala y capital intensivos. De las 156 plantas, casi la totalidad se dedicó a la industria pesada, y se situaron en centros interiores como Wuhan y Baotou en el norte, de modo de desligarse de la dependencia de Shanghai y Tianjin en la costa.

La dependencia de la ayuda soviética supuso un alto costo para China. Mientras la República Popular invertía cerca de 25 mil millones de yuanes en el Primer Plan Quinquenal, la contribución soviética se reflejó no en subsidios sino sólo en préstamos, a razón de unos 60

millones de yuanes anuales, los que había que reembolsar por completo. Mientras casi 10 mil especialistas soviéticos arribaban a China, y 28 mil chinos recibían capacitación en la URSS, los créditos soviéticos totalizaban solamente un 4% de la inversión total china en la industria. Pero la tecnología soviética era sin duda alguna más avanzada que la china y, en definitiva, la cooperación soviética resultó de vital importancia.

Todos estos factores condujeron en 1956 a los planificadores del Segundo Plan Quinquenal a algunas conclusiones muy sensatas. Estaban de acuerdo en que la industria pesada debía recibir más, pero que el progreso en el campo era esencial para el progreso a largo plazo en las ciudades. También concluyeron que las plantas de producción a gran escala serían menos eficaces que las de pequeña escala ubicadas en el interior. Las pequeñas fábricas locales, aunque dispusieran de menos tecnología, podían utilizar la mano de obra y los insumos del mismo lugar, reduciendo los costos de transporte e iniciando la industrialización de las áreas rurales. Al mismo tiempo, los planificadores deseaban aminorar su dependencia de la ayuda soviética. Además, el que la colectivización de la agricultura no hubiese aumentado notablemente la producción de grano ni otros productos agrícolas constituía un incentivo final. Parecía que el desarrollo de la enorme burocracia estatal había llegado al punto de dificultar el crecimiento económico, y existía un fuerte sentimiento a favor de reducir la centralización. Sin embargo, el Segundo Plan Quinquenal elaborado en 1956 jamás llegó a ser despachado, pues en la primavera de 1958 fue reemplazado por el Gran Salto Adelante.

La educación y los intelectuales

¿Cómo podría triunfar la revolución si los intelectuales aún practicaban el modelo confuciano de censura y crítica y los estudiantes todavía recibían una enseñanza clásica y liberal en las escuelas? Mao no sabía demasiado en qué consistía dicha educación liberal, pero sí sabía lo que quería: intelectuales que apoyaran el régimen y una educación que alcanzara y moldeara a las masas campesinas. Finalmente su intento fracasó en esta área, por lo que sería conveniente hacer una pausa y repasar en retrospectiva la experiencia educacional china.

Bajo el imperio, los hombres de letras habían llegado a ser casi universalmente candidatos en el sistema de exámenes y, por tanto, en general clasicistas y conservadores. La mayor parte de las obras cumbres de la literatura china se enmarcó en este sistema de aceptación del orden social y la autoridad central. Ni santuarios monásticos, ni cismas entre sectas ni separación alguna entre la iglesia y el Estado fueron permitidos, como en Europa, para que engendraran una diversidad de credos. La erudición permaneció en su mayor parte ligada a los canales oficiales, y los grandes protagonistas de las escuelas de pensamiento como Zhu Xi y Wang Yangming fueron de hecho funcionarios oficiales.

En los tiempos modernos, esta tradición arrojó como resultado dos cosas. Primero, los eruditos chinos del siglo XIX tardaron bastante tiempo en asimilar ideas extranjeras y dar inicio al proceso de la reforma. Segundo, cuando el antiguo orden se desplomó, el espíritu nacionalista estaba tan arraigado que tanto los intelectuales reformistas como los contrarrevolucionarios se dedicaron principalmente a "salvar a China". Aún se orientaban hacia el Estado.

Esta orientación produjo sus contradicciones, puesto que el papel del funcionario erudito siempre fue de tipo dual: no sólo debía encargarse de la administración imperial sino también de asesorar al gobernante acerca de ésta y, de ser necesario, de reconvenirlo por sus políticas. La idea de que los eruditos sabían lo que había que hacer y tenían la obligación de ofrecer su consejo, por ejemplo, cristalizó en la doctrina de la unión de conocimiento y acción, por la cual el conocimiento erudito debía derivar en la acción y ésta a su vez debía influir en el conocimiento. Cuando después de 1912 los intelectuales del Nuevo Movimiento Cultural instaron al divorcio de la erudición y la política, estaban siendo verdaderamente revolucionarios. No obstante, después de 1931 y con ocasión del ataque japonés ellos mismos hicieron su contribución en calidad de asesores y administradores oficiales. El gran crítico de la decadencia de China, Lu Xun, pasó a la acción para fundar la Liga de Escritores Izquierdistas. Su estímulo a la crítica y a la publicación de obras se orientó hacia el mejoramiento del orden social y al mejor ejercicio del poder del Estado, de ningún modo al retiro de la política.

Una vez en el poder, después de 1949, la necesidad de elaboración teórica del Partido Comunista aumentó en forma considerable. En la teoría, la transición desde una guerra revolucionaria a la administración de un nuevo gobierno requería que la actividad militante tendiera a alcanzar las nuevas metas revolucionarias a través de métodos persuasivos y no de la violencia. En la segunda mitad del siglo XX, la construcción de un Estado moderno requeriría

del trabajo intelectual no sólo en los campos de la ingeniería y la economía, sino también en las ciencias sociales, la historia y la literatura. Este tipo de enseñanza moderna era ahora altamente valorado en las sociedades maduras de civilización posindustrial, en tanto que Mao y el PCCh sentían que el problema más urgente de China consistía en restablecer el fuerte poder central de un Estado unificado y reconstruir sus valores y estructura social de acuerdo a los nuevos principios del marxismo-leninismo y del Pensamiento de Mao Zedong. Con este propósito, primero debían asegurarse el control sobre el pensamiento y la conducta del pueblo chino. La tragedia de los comunistas fue que rara vez lograron ir más allá de este imperativo básico de mantener el control.

A comienzos de la década de 1950, cientos de académicos inmersos en el sistema educacional se vieron sometidos a la reforma de pensamiento. A cada uno se le exigió revelar su previa subordinación al imperialismo capitalista, su profundo sentimiento de culpa por haber traicionado de este modo al pueblo chino, y su gratitud hacia el Presidente Mao por mostrarles ahora una nueva perspectiva. Hijos de eminentes catedráticos debieron denunciar a sus progenitores como reaccionarios. Una vez aceptada la publicación de cada confesión, ésta ofrecía un motivo en ocasiones ingenioso sobre por qué el acusado, deshonrado por los males del antiguo orden, ya no podía constituir un modelo para la juventud. Así, los profesores universitarios sufrieron una humillación desastrosa que acabó con su imagen pública.

Pero los intelectuales eran sólo uno de los objetivos de la reforma de pensamiento, la que creció hasta alcanzar grandes proporciones. En campañas realizadas por toda la nación, se definían como objetivos abstractos ciertas conductas consideradas perversas o nocivas, para después identificarlas en individuos que entonces se convertían en las víctimas de un proceso regular. Cada campaña era organizada y promovida a nivel nacional por los activistas de cada localidad, los cuales a menudo eran instruidos para que dieran con un cierto número de víctimas. La humillación y los mítines de lucha se realizaban a escala masiva, con miles de participantes como público al cual se ofrecía un ejemplo que le advertía lo que no debía ser ni hacer.

El siguiente problema que se planteó la reforma educacional fue cómo producir estudiantes devotos a la línea del partido. Como la mayoría de los intelectuales ejercía la docencia, el sistema educacional en su totalidad pasó a ser considerado un área susceptible de reconversión revolucionaria. De las tres etapas en que puede dividirse la política educacional moderna china, la primera -la antigua educación clásica, que se mantuvo hasta 1905- instruyó a generalistas, hombres de aptitudes y conocimientos variados como los graduados de Oxford y Cambridge, administradores de mentalidad amplia, no técnicos especialistas. En la segunda etapa, que se extiende hasta la década de 1940, las artes y ciencias liberales occidentales sirvieron para dar origen a una élite modernizada. A la gente común se llegó sólo de manera preliminar. Para la tercera etapa, después de 1949, Mao esperaba que las masas finalmente pudiesen convertirse en uno de los núcleos de la política educacional. La expansión de la educación básica y de sencillas medidas de salud pública fueron dos de los principales logros de la República Popular. Sobre los cimientos de las escuelas primarias Mao esperaba imponer el sistema soviético para producir tecnócratas ideológicamente sólidos. Sin embargo, en la realidad el sistema aún se veía obligado a optar entre dos caminos: impartir a las masas una educación moderna y capacidades técnicas o instruir a una élite con amplitud de miras capaz de reemplazar a los antiguos administradores letrados confucianos. Dados los limitados recursos de la República Popular, ¿cómo podría lograr ambos objetivos en forma simultánea?

Después de 1949, el PCCh comenzó a imitar vigorosamente el modelo educacional soviético. Este enfatizaba la capacitación especializada de personal científico en materias prácticas, especialmente las ciencias naturales. En consecuencia, el PCCh dismanteló las cátedras de artes liberales heredadas de los *colleges* cristianos y las universidades nacionales. En su lugar creó veinte nuevas universidades politécnicas y veintiséis nuevos institutos de ingeniería. Sólo trece instituciones de educación superior, de un total de aproximadamente doscientas, fueron concebidas como universidades diversificadas o polivalentes que incluían tanto las artes como las ciencias. Esta reorganización durante los primeros años de la República Popular orientó a la mayoría de los estudiantes hacia las carreras técnicas, quedando desplazado el programa de estudios de artes liberales que hasta entonces originara graduados, especialmente en política y economía, con ideas políticas pero escasas habilidades. El gran salto, en otras palabras, lo constituyó el giro desde un programa que formaba generalistas para ocupar altos cargos gubernamentales a uno más práctico que formaba técnicos; el PCCh lograría encontrar administradores a través de sus propios canales. Ello puede considerarse un intento por cortar el nexo entre la educación liberal y la cosa pública.

El ejemplo soviético determinó asimismo la regularización de los planes de enseñanza, los materiales y los textos, de modo que los programas de capacitación en todas las especialidades fuesen prescritos desde el centro. En noviembre de 1952 se estableció un Ministerio de Educación Superior de corte soviético. Gracias a un amplio programa de traducciones se pudo disponer de ediciones chinas de textos soviéticos especializados, los que llegaron a representar un tercio o más del total de libros publicados. La enseñanza del inglés como segundo idioma dio paso a la enseñanza del ruso. Los procedimientos de calificación y de exámenes orales siguieron la práctica soviética. La genética, en particular, sufrió un tremendo perjuicio a raíz de la imposición de las ideas poco científicas del embaucador soviético P. Lysenko.

Las herencias del período nacionalista y de la Región Fronteriza del PCCh se combinaron con influencias soviéticas en un sistema educacional aún con muchos problemas sin resolver. Por ejemplo, los estudiantes que retornaban de Occidente altamente capacitados, y que ahora se dedicarían a la docencia, debían someterse a una especie de “desprogramación” para desempeñar sus funciones bajo el régimen comunista. Aun cuando los catedráticos habían sido los primeros de la lista en la reforma de pensamiento de la década del 50, persistía el hecho de que el cuerpo docente en general no había adoptado los métodos ni los puntos de vista comunistas. Eran más socialistas democráticos que comunistas totalitarios.

A pesar de su experiencia con la campaña de reforma de pensamiento, y de numerosos esfuerzos conscientes por empaparse de los principios de la revolución, los profesores se encontraron con el problema de los estándares de sus respectivos campos. El PCCh aspiraba a hacer de trabajadores y campesinos, sin tiempo que perder, unos intelectuales, pero los académicos descubrieron que los mejores estudiantes todavía provenían de familias educadas, y que los trabajadores y campesinos con sólo unos cuantos años de estudios eran simplemente incapaces de obtener un trabajo universitario. El régimen podía fomentar la actividad de las escuelas para el pueblo (*minbari*) a nivel de aldeas, pero le resultó imposible hacer de esas escuelas un conducto hacia la educación moderna de nivel superior. Como la educación popular estaba en manos de militantes iletrados del partido, tenía escasas posibilidades de alcanzar niveles comparables a los universitarios.

Pero, por sobre todas estas consideraciones, el sistema chino de educación superior siguió adoleciendo de severas limitaciones de cobertura. Antes de 1949, esta nación de 400 millones de habitantes sólo producía cada año unos 185 mil graduados universitarios; y mientras la población comenzó a aumentar rápidamente después de esa fecha la proporción de personal altamente calificado no mejoró. Los graduados universitarios constituían alrededor del 1% de la población. ¿Cómo podría uno esperar que se creara un país moderno con esa proporción de personal instruido? Durante el transcurso de la década del 50 hubo que renunciar a la meta de una Escuela popular en cada aldea. El ya excesivo número de graduados de educación secundaria que competían por entrar a la universidad no podía ser incrementado sin originar una clase frustrada de intelectuales sin acceso a trabajos adecuados a su nivel de autoestima. En síntesis, China aún padecía de esa división atávica entre las masas de trabajadores manuales y la clase dirigente intelectual. Los graduados de educación secundaria consideraban degradante desempeñar un trabajo manual. En 1956, sólo alrededor de un tercio de todos los estudiantes de pregrado era de origen trabajador o campesino. La revolución en la educación había comenzado, pero estaba lejos de haberse completado o de ser exitosa. Ello, unido a las deficiencias económicas del modelo de desarrollo soviético, preparó el terreno para una nueva fase de esfuerzo revolucionario destinado a asegurarse el apoyo más activo de los intelectuales.

La premisa inicial de Mao era que el trabajo de los intelectuales era esencial para la revolución: “No podemos prescindir de ellos”. A comienzos de 1956 su posición era que, tal como los agricultores empezaban a unirse con los obreros, de modo que ambos grupos comenzaron a convertirse en miembros del partido, el mismo proceso debía aplicarse a los intelectuales. En tanto individuos que realizaban un trabajo, agricultores, obreros e intelectuales eran todos miembros del mismo proletariado. La lucha de clases se iba desvaneciendo; ésta era la visión de Deng Xiaoping, secretario general del PCCh y uno de los más leales seguidores de Mao. La evidencia indica que a comienzos de 1956 Mao sentía que los intelectuales, aunque indudablemente poseían otra clase de experiencia, también eran “rojos” en su manera de pensar.

En ese momento los líderes del PCCh se hallaban divididos entre dos opiniones diversas acerca del valor de los intelectuales para el partido. Algunos habían visto cómo el PCCh se tornaba cada vez más influyente gracias a la estrategia de frente unido, que había buscado un terreno

en común con los intelectuales independientes -el patriótico-, y a raíz del cual muchos habían colaborado y algunos finalmente se habían unido al partido. En éste el número de intelectuales era relativamente reducido, pero habían resultado esenciales para el éxito del PCCh en su llegada a la gente a través de escritos y en la puesta en marcha de instalaciones técnicas, servicios públicos y administración. Líderes del PCCh como Mao, Zhou y Deng pensaban que había que seguir persuadiendo a los intelectuales talentosos independientes para que colaborasen, y que se debía atender a sus necesidades, mientras que organizadores de línea dura como Liu Shaoqi y el alcalde de Pekín, Peng Zhen, estaban empeñados a toda costa en hacer prevalecer la ortodoxia y la unidad del partido.

En los círculos intelectuales y académicos la cuestión quedó de manifiesto en la Campaña de las Cien Flores de 1956-57, denominada así por el lema "Que cien capullos florezcan juntos, que cien escuelas de pensamiento compitan entre ellas". Como parte de un mejoramiento general de sus condiciones de trabajo (mayor acceso a publicaciones extranjeras, más tiempo libre y oportunidad para iniciativas propias), a partir de mayo de 1956 los intelectuales fueron instados a manifestar sus críticas con respecto a los cuadros del partido que los habían tratado despóticamente. Mao calculaba que entre un total de a lo más cinco millones de intelectuales -es decir, graduados universitarios y posgraduados- no más del 3% era en ese entonces hostil al marxismo. Así, la crítica que significaría esta Campaña de las Cien Flores al estilo y los métodos burocráticos del partido sería una crítica constructiva, que representaría una "contradicción no antagonica" en el seno del pueblo, argumentable en un contexto de completa lealtad hacia el sistema comunista.

Pero los intelectuales chinos sabían perfectamente aquello de "si sobresale demasiado tu cabeza, te cortarán el cuello". Callaron durante un año; pero en mayo de 1957 comenzaron a hacer públicas sus críticas al régimen del PCCh en términos cada vez más intensos: sus premisas básicas, su estilo de trabajo, sus doctrinas y prácticas repentinamente se vieron expuestas a un severo ataque. En un plazo de cinco semanas se puso término a la Campaña de las Cien Flores.

La Campaña Antiderechista, 1957-1958

Después de que a mediados de 1957 el movimiento de las Cien Flores hiciera patente la notable desilusión de los intelectuales respecto del régimen del PCCh, Mao decidió impulsar el principio de la lucha de clases en contra de los intelectuales recalcitrantes, convirtiéndolos en el objetivo de una Campaña Antiderechista a partir de junio de 1957. En ese momento se estaba montando una campaña de rectificación al interior del partido, pues demasiados burócratas del PCCh se habían vuelto holgazanes y codiciosos; algunos estaban desarrollando lazos con intelectuales poco fiables. Además, los intelectuales se rehusaban a abrazar el sentimiento revolucionario. Por lo tanto, ambos grupos considerados díscolos pasaron a constituir un solo objetivo.

También los emperadores chinos habían permitido ocasionalmente palabras de reprobación (*yanlu*), pero a menudo obtenían más de lo que esperaban. En 1957 Mao y sus colegas quedaron consternados y desilusionados por la explosión de críticas, y rápidamente se tomaron la represalia convirtiendo a los intelectuales, como también a algunos miembros del PCCh, en el blanco de la Campaña Antiderechista. En nombre de ésta removieron de sus cargos entre 300 mil y 700 mil especialistas, a quienes tildaron devastadoramente de "derechistas", enemigos del pueblo. Con ello descabezaron la República Popular, tornando inactivas justamente a las personas que más escaseaban. Deng Xiaoping, en su calidad de secretario general del PCCh, tomó parte activa en la Campaña Antiderechista.

Hasta 1957, dos categorías de administradores habían liderado la República Popular. Una de ellas la formaban los liberales patriotas no comunistas que permanecieron en China o que incluso regresaron del extranjero para contribuir a la causa. La otra eran los "cuadros externos", militantes a quienes el PCCh antes de 1949 les ordenó seguir carreras profesionales en la China Libre. Estas dos categorías de personas reunían gran parte de la experiencia, visión del mundo y talento necesarios para establecer el nuevo régimen. No resulta sorprendente que los cuadros externos a quienes el PCCh les solicitó trabajar como individuos ostensiblemente liberales en la China del Kuomintang desarrollasen ciertos sentimientos liberales sinceros. Su ideal de revolución consistía en emancipar a la gente, no en controlarla. Esos idealistas sufrirían sólo después que la revolución triunfara. En las decenas de miles de

casos de "derechistas" de estos dos grupos de líderes, observamos cómo la revolución comienza a devorar a los revolucionarios.

En las ciudades, tal como en el campo, hacia 1957 un nuevo tipo de gente comenzaba a tomar el poder, una muchedumbre de origen trabajador o campesino, sin estudios formales, ignorante del mundo exterior y llena de xenofobia y antiintelectualismo. Una de las formas de intentar entender esta tétrica historia es viéndola como una manifestación de la lucha entre unos recién llegados resueltos a triunfar -"fundamentalistas", como los denomina Edward Friedman- y el remanente de la élite gobernante modernizada, a quien los recién llegados intentaron destruir o desplazar a pesar del servicio altamente especializado que la élite había prestado al nuevo Estado. Este nuevo grupo que comenzaba a asumir el poder en el PCCh despreciaba el conocimiento, era vengativo y capaz de llevar a cabo una destrucción cruenta y fanática ahora que se les presentaba la oportunidad, y poseía sólo una comprensión muy superficial de los problemas que China enfrentaba con la modernización y cómo solucionarlos. El surgimiento de este nuevo elemento entre la clase dirigente reveló la profunda ignorancia de los líderes del PCCh acerca de las necesidades modernas. Tanto la construcción del Estado como el desarrollo económico requerían de mentes capacitadas. El desechar a una proporción tan significativa de la élite intelectual de China en favor de los "fundamentalistas" fue estúpido y desastroso. En términos estructurales destruyó el consabido balance entre el poder y el conocimiento. En el siglo XVII, por ejemplo, el emperador Kangxi vio claramente cómo el *wen* y el *wu* debían trabajar en conjunto para el gobierno de China. Se podría formular una hipótesis respecto a que Mao y sus colegas cometieron desde entonces un error tras otro, que pudieron haberse evitado si los intelectuales capacitados y experimentados hubiesen sido integrados como miembros del personal y colaboradores. El año 1957 fue el primero de los "veinte años perdidos" de China: perdidos en el sentido de que el talento patriótico se vio anulado y no se le permitió contribuir al desarrollo de la nación. La frase "diez años perdidos" que más tarde se utilizaría para caracterizar la Revolución Cultural de Mao desde 1966 hasta 1976 fue sólo una continuación de lo que comenzó en 1957.

Después de que el fiasco de las Cien Flores revelara que los intelectuales eran individuos de dudosa lealtad, Mao propuso capacitar a una nueva generación de intelectuales verdaderamente comprometidos con el partido a raíz de sus buenos antecedentes de clase proletaria. En la contradicción entre mérito y nivel de clase, él consideró necesario privilegiar este último. Advirtió a los intelectuales que ellos eran simples profesores que el proletariado y el pueblo trabajador empleaba para enseñar a sus hijos. No debían aventurarse a tener ideas propias, distintas a las del partido.

En términos atávicos, los gobernantes de China han esperado recibir de sus seguidores un grado de lealtad ciega, de igual prioridad que el sentimiento filial hacia los padres. Decir que Mao se desprestigió por la confianza depositada en el sentimiento revolucionario de los intelectuales apenas comienza a bosquejar su motivación. A partir de 1957 les fue completa y vengativamente hostil, los juzgó con desdén como meros manipuladores de palabras y, con cierto temor, como gente que escapaba a su control. Esta reacción le condujo a numerosas declaraciones descabelladas: que los intelectuales eran la gente más ignorante que existía, que todos los grandes logros intelectuales habían sido obra de una juventud relativamente poco educada y que la adoración a la tecnología era un fetiche. De este modo fue arrojado de regreso a la fuente desde la que él mismo emergió, a saber, el pueblo llano chino como fuente de sabiduría y esperanza del futuro.

19. El Gran Salto Adelante 1958-1960

Antecedentes

Entre los años 1958 y 1960, entre veinte y treinta millones de personas perdieron la vida a raíz de la desnutrición y la hambruna provocadas por las políticas que el Partido Comunista Chino impuso sobre aquella gente. Midiéndolo según las estadísticas del aumento de la mortalidad, éste constituye uno de los mayores desastres de la historia de la humanidad. Pero, a pesar de ser obra directa del Presidente Mao, el Gran Salto Adelante también expresó el fervor de muchos millones de campesinos. ¿Qué salió mal entonces?

En el Gran Salto Adelante podemos observar diversos factores involucrados, pero aun hoy no hemos sido capaces de identificar su verdadero grado de influencia. En primer lugar, eran notorios ciertos aspectos residuales de la herencia china; para empezar, las autoridades estatales poseían un control indiscutido sobre la masa popular en las aldeas. La bifurcación de la sociedad en gobernantes y gobernados, en administradores y productores, ahora podía ser instrumentalizada por los líderes del PCCh de una forma más intensiva que nunca. Con los métodos persuasivos que desarrollaron en Yan'an, una vez establecida una economía estalinista centralmente planificada aquéllos podían hacer con el campesinado lo que quisieran.

No obstante, las autoridades locales debían aplicar todas las órdenes estatales. Y parte de la herencia histórica de China era el que su disposición y su lealtad hacia el centro constituyeran un factor clave en los resultados obtenidos. De un modo general, los activistas del PCCh habían asumido ahora la posición de liderazgo local que en los tiempos imperiales ostentaba la nobleza inferior. Ellos podían reafirmar las antiguas prácticas del oficialismo, orientadas hacia arriba -hacia la búsqueda de la aprobación de los superiores- más que hacia abajo, al servicio del pueblo. Cuando la moral estaba alta, las autoridades locales bien podían competir celosamente en informar lo bien que habían hecho cumplir las órdenes del centro. Además de presentar informes falsos y excesivamente optimistas, también podían forzar a las masas a obtener resultados. La colectivización de la agricultura en 1955-56 evolucionó de manera mucho más rápida de lo previsto, hasta que se descubrió que muchas cooperativas de productores agrícolas en realidad habían sido inauguradas en forma demasiado prematura y no estaban en condiciones de operar como se aseguraba que lo hacían.

Otro factor heredado subyacía a dicha situación: la docilidad del campesinado chino, notablemente acostumbrado a acatar los dictados de la autoridad, puesto que ésta representaba la paz y el orden de que dependía su subsistencia. Sólo fue posible transmitir a las masas la visión de los líderes, porque, a comienzos de la década de 1950, el PCCh y el pueblo chino en general todavía se sentían unidos por la causa común de levantar China. El pueblo confiaba en el Presidente Mao. Enseguida ello abrió las puertas a ideas utópicas e ilusorias, puesto que los cuadros del partido -engrosados cada vez más por los estratos superiores del campesinado- estaban fervientemente dispuestos a obedecer, a seguir al líder y a atraer consigo a las masas. Así, la obediencia local hacia el partido, más el culto personal de Mao Zedong, bien pudieron provocar una histeria masiva en la cual la gente trabajara las veinticuatro horas del día y abandonara las formas establecidas.

A fines de 1957, el PCCh reconoció de manera dramática que el modelo estalinista de desarrollo industrial no era el adecuado para las condiciones chinas; ello significó el impulso para el Gran Salto Adelante. La población de China en 1950 cuadruplicaba la de la Unión Soviética en la década de 1920, mientras que el nivel de vida alcanzaba sólo a la mitad. A pesar de la colectivización universal, la producción agrícola no experimentó un crecimiento notable. Desde 1952 hasta 1957, la población rural había aumentado en aproximadamente un 9%, mientras que la población urbana se había elevado en cerca de un 30%; sin embargo, la requisición gubernamental de grano casi no había mejorado y, mientras tanto, China debió

empezar a reembolsar los préstamos soviéticos con productos agrícolas. El modelo soviético de cobrar impuestos a la agricultura para fortalecer la industria estaba ante un callejón sin salida. Por otra parte, la urbanización, que sobrepasó la industrialización, produjo desempleo urbano, el que se agregó al subempleo en populosas zonas del campo. El Primer Plan Quinquenal obtuvo los resultados esperados, pero el Segundo, que consistía en más de lo mismo, constituyó una invitación al desastre.

La solución que los economistas hubiesen dado a este problema no habría sido el Gran Salto Adelante; más bien habrían disminuido la tasa de inversión en la industria pesada, que en un principio había alcanzado el 48%, y asignado parte de ella a la industria liviana, que podía elaborar bienes de consumo. A su vez, la disponibilidad de bienes de consumo proporcionaría un incentivo importante para la actividad productiva de los campesinos. Según este enfoque, los ministerios del gobierno central también desempeñarían un papel mayor y la experiencia tendría prioridad sobre el fanatismo. El resultado habría sido la realización completa de una revolución agrícola, la que en la mayoría de los casos de un desarrollo económico exitoso ha precedido a la industrialización.

Este enfoque lento no satisfizo a Mao Zedong, quien convenció a sus colegas de que el campo podía transformarse y que la producción agrícola podía aumentar mediante la masiva organización de la fuerza laboral rural. El incentivo sería la misma determinación revolucionaria que contribuyó al éxito del liderazgo del PCCh. Se podía prometer un crecimiento económico, pero se reducirían los incentivos materiales para el trabajo del individuo, mientras que la abnegación y el fervor ideológicos se enfatizarían. Esta estrategia se basaba en una suposición muy grande e incierta respecto a la psicología campesina.

Pero se trataba justamente del tipo de asunto que los guerrilleros podían organizar. Habían aprendido cómo montar campañas y movilizar a las masas para lograr objetivos sociales específicos, tales como capturar posiciones en la guerra; de hecho, era muy usual utilizar la terminología militar. Ahora, el aparato de campaña completo iba a ser dirigido hacia una transformación económica, el desarrollo simultáneo de agricultura e industria. Se trataba de una estrategia dual o, como señaló Mao, de “caminar con los dos pies”. La movilización de las masas integraría a los trabajadores rurales nunca antes empleados a tiempo completo: en primer lugar, se utilizaría mano de obra intensiva para aumentar los sistemas de riego, los trabajos de control de inundaciones y la habilitación de tierras; en segundo lugar, se elevaría la productividad agrícola por unidad de tierra, empleando un mayor número de personas para plantar, desmalezar y cultivar; y en tercer lugar, se expandiría la pequeña industria a nivel local con materiales y grupos a la mano, con el fin de elaborar bienes de consumo y equipamiento para la agricultura. Mientras, la moderna economía industrial produciría exportaciones para intercambiarlas por bienes de capital extranjeros, o para realizar inversiones en la construcción de otras plantas.

Como los economistas, al igual que otros intelectuales, habían sido degradados en la Campaña Antiderechista, los fanáticos de la línea de masas previeron la liberación de energías productivas simplemente a través de la movilización de las masas. Con este propósito, a fines de 1957 se llevó a cabo una descentralización general de la administración económica. Muchas empresas e incluso controles monetarios fueron descentralizados hasta el nivel local. La oficina central de estadísticas se dividió y se localizó junto con funciones de planificación económica. Este fue el contexto en el cual se formularon los objetivos en extremo ambiciosos del Gran Salto Adelante en cada localidad, pero no por parte de los economistas, sino de cuadros inspirados por la emulación, que despreciaban a los expertos pero eran intensamente leales a la causa.

El resultado, visible en 1958, fue un tremendo paroxismo de trabajo ininterrumpido. La construcción de nuevos caminos, industrias, ciudades, diques, represas y lagos, así como la forestación y el cultivo, cambiaron la fisonomía del país, involucrando a los 650 millones de chinos en un esfuerzo a nivel nacional de una intensidad y una magnitud incomparables. La hazaña que más repercusión obtuvo en el extranjero fue la campaña, iniciada en julio de 1958, para fabricar acero en pequeñas fundiciones “en el patio de casa”, sin asesoría ni equipamiento especiales. Se informó que para fines de julio ya se habían establecido entre 30 y 50 mil hornos fundidores, en agosto 190 mil, para fines de septiembre 700 mil y en octubre la cifra llegó a un millón. Cien millones de personas tomaron parte en esta “batalla por el acero”.

Por desgracia el producto de todo este esfuerzo resultó en gran medida inutilizable, a pesar de que verdaderamente mucha gente enfrentó los problemas prácticos de la metalurgia. Así, el Gran Salto introdujo la pequeña industria en las áreas rurales, aplicando la tecnología y

movilizando la mano de obra como nunca antes; no obstante, los resultados inmediatos fueron caóticos y poco lucrativos.

La oficina de estadísticas del Estado informó que en 1958 la cosecha de alimentos y de algodón se había casi duplicado en un año, por lo que el Comité Central fijó ambiciosos objetivos para 1959, contemplando un nuevo incremento del 50%. Así los líderes se convirtieron en prisioneros de sus propias afirmaciones.

A fines de 1958, compañías y regimientos completos de agricultores portando sus azadones y canastos ingresaron marchando a los campos en formación militar, para declararles la guerra con tambores y banderas a una naturaleza recalcitrante. Es efectivo que la mano de obra aplicada a la construcción de diques y canales de riego, junto con el embalse de aguas y la energía hidroeléctrica unida a la rehabilitación de tierras, produjo buenos resultados. Aún hoy pueden observarse en el campo chino los lagos y canales fruto de la agobiante labor de los trabajadores entre 1958 y 1959. Basta atravesar un túnel de unos cuatrocientos metros de piedra trabajada a mano bajo la superficie de un nuevo campo -como una forma de drenar el agua sin causar la erosión de la tierra- para calibrar la impresionante aplicación de fuerza muscular que significó el Gran Salto Adelante. Sin embargo, nada de ello contribuyó de manera significativa a una mayor especialización o una mayor disponibilidad de recursos o de equipos de capital que podrían haber elevado la productividad por persona.

Fue la lógica de una movilización descentralizada la que llevó a la creación de comunas del pueblo, bajo las cuales se suponía que los beneficios de la modernización en el área de la salud, la educación, la producción en gran escala y las comodidades de la vida serían distribuidos equitativamente mediante la concentración del poder y la planificación general. Rara vez la búsqueda voluntaria de un ideal generó resultados tan devastadores.

El desastre de 1959-1960

Mientras 1958 había sido un buen año para la cosecha, 1959 sufrió las inclemencias de un clima no demasiado favorable. Los agricultores que marchaban para ganar la revolución en el agro no lograron cosechar todo lo que habían sembrado; sin embargo, las estadísticas procedentes de las provincias y sus localidades sumaban un enorme aumento en la producción, más del doble en rendimiento. El resultado fue que el gobierno continuó exigiendo altas requisiciones incluso mientras la producción sufría una disminución real. Ello provocó una hambruna de gran magnitud y causada por el hombre.

A comienzos de 1959 se tendió a dejar de lado el programa del Gran Salto Adelante; sin embargo, una vez que comenzaron a surgir cuestionamientos en torno a los resultados obtenidos, aquél volvió al primer plano. En julio de 1959, los líderes del PCCh sostuvieron una reunión decisiva en Lushan, un lugar de retiro en las montañas, en la zona del bajo Yangtsé. Peng Dehuai, uno de los máximos comandantes de ejército en Yan'an y Corea y uno de los diez mariscales del Ejército de Liberación Popular, que en ese momento desempeñaba el cargo de ministro de Defensa (y que había estado al lado de Mao durante treinta años, desde el comienzo en Hunan) intentó informar al líder acerca del deterioro real de las condiciones de vida en el campo, pero Mao lo consideró un ataque personal y lo despojó de sus cargos.

Como represalia, los defensores del Gran Salto Adelante, con Mao a la cabeza, persistieron en el programa. Después de la reunión de Lushan se montó otra Campaña Antiderechista en contra de los críticos de la estrategia del Gran Salto Adelante. La campaña a su vez gatilló una renovación del Gran Salto Adelante en 1959, que exacerbó sus desastrosas consecuencias. El crimen más grave de este período fue el aumento en las requisiciones de grano exigidas a los aldeanos, justo en el momento en que éstos tenían más problemas en recolectar sus cosechas debido a la desviación de la fuerza laboral hacia obras públicas, y también a causa del mal clima. El resultado neto de esta determinación fue que la masa popular en ciertas áreas debió subsistir sólo con la mitad o incluso una quinta parte de su abastecimiento usual de grano.

El fanatismo de los administradores rurales del Gran Salto Adelante continuó oponiéndose a los puntos de vista técnico-económicos de los administradores y los ministerios centrales urbanos. Esta prolongación del Gran Salto Adelante produjo otra caída en la producción, tanto en la industria pesada como en la industria liviana de bienes de consumo. La hambruna que sacudió China del Norte en la década de 1870, cuando no llovió durante tres años, se había diseminado en los lugares donde no alcanzaba a llegar el ferrocarril; los cadáveres a la vera del camino eran un espectáculo cotidiano. En 1959-60 China estaba mejor organizada y ya no se veían áreas pobladas de víctimas de la inanición. No obstante, la desnutrición causada por

las escasas raciones dejó a millones de personas más susceptibles a las enfermedades. El aumento en la tasa de mortalidad sólo pudo comprobarse una vez elaboradas las estadísticas, por lo que sólo en 1960 se supo que muchos campesinos estaban muriendo de hambre, y que el sistema económico era un completo desastre. La economía china era un caos, y el Gran Salto Adelante sólo una gran catástrofe cuyo responsable era el Presidente Mao. Este incluso debió admitir que no sabía casi nada de economía.

Paralelo al desastre económico tuvo lugar un nefasto giro político. Hasta ese momento, y con el fin de discutir a fondo sus decisiones políticas, cada cierto tiempo los máximos líderes del PCCh en el Politburó sostenían debates en diversos puntos del país. El mérito de este sistema siempre había sido la vigorosa sugerencia de alternativas, pero una vez que se tomaba una decisión todos la acataban. Ahora, sin embargo, Mao había transformado por primera vez el argumento político expuesto por el mariscal Peng en un ataque personal ilegítimo en contra de su persona. Por el momento Mao había ganado, pero su triunfo fue una victoria pírrica que abrió las puertas al faccionalismo y no a una honesta discusión política. La terca reprobación de Mao a Peng destruyó la unidad que caracterizaba a la cúpula del PCCh. En un comienzo, casi todos habían concordado con la estrategia del Gran Salto Adelante, pero su fracaso demostró la falibilidad de Mao y destruyó la solidaridad entre los líderes.

Uno de los puntos de desavenencia entre Mao y el mariscal Peng residía también en el deseo de este último de hacer que el Ejército de Liberación Popular fuese técnicamente más competente, como el Ejército Rojo de la URSS. Mao, por el contrario, había estado dándole vueltas a la idea de utilizar bombas nucleares como contrapartida a la guerra de guerrillas, sin tener necesariamente que desarrollar el ejército profesional según los lineamientos rusos.

Al concentrarnos solamente en el Presidente Mao como líder, no lograríamos transmitir el ánimo nacional de ferviente abnegación y frenética actividad que caracterizó al Gran Salto Adelante. Los campesinos trabajaban durante todo el día para superar sus propios récords de trabajo, los cuadros que estaban a cargo en el lugar seguían informando cifras de producción totalmente irreales y los colegas de Mao, como el economista Chen Yun y el Primer Ministro Zhou Enlai, no encontraban forma alguna de detener la fiebre.

Los observadores extranjeros no llegaron a conocer realmente la magnitud del desastre, porque las poblaciones urbanas continuaron recibiendo raciones provenientes del campo y la construcción industrial siguió expandiéndose. No obstante, al final hubo que enfrentar ciertos hechos innegables. Toda esta movilización con bombos y platillos, portando banderas y atacando objetivos específicos, más la utópica idea de los comedores comunes para unidades de producción y la incorporación de las mujeres a la fuerza laboral fuera de las granjas familiares, comenzaba a llevar a los chinos al precipicio. Se necesitarían varios años de políticas económicas más sensatas, a comienzos de la década de 1960, para retornar a los niveles de subsistencia de 1957.

La descentralización fue uno de los tantos motivos extraños en el Gran Salto Adelante. Los cuadros locales, inquietos bajo las órdenes centrales, acogieron con satisfacción la oportunidad de manejar a las masas en los nuevos proyectos sin la interferencia del gobierno central. El Gran Salto Adelante acrecentó en gran medida la importancia del partido como líder de la sociedad. El resultado político fue que se favoreció no al experto sino al fervoroso e ideologizado organizador del entusiasmo de las masas. La estrategia del Gran Salto Adelante -utilizar la movilización de las masas para alcanzar el desarrollo económico- dificultó el refrenar a los activistas locales y hacerlos volver a un programa ordenado y centralmente dirigido, tal como lo requería la administración económica.

Además, tras los diversos factores en juego en el Gran Salto Adelante se asomaba la personalidad y el ego del Presidente Mao. Este había pasado toda su vida organizando con hechos y palabras una rebelión en contra del orden establecido. Después de 1949 continuó apuntando hacia grupos precisos de la sociedad china. Finalmente, rompería con la Unión Soviética por considerarla un *establishment* descarriado. La motivación central del estilo maoísta de rebelión fue la movilización de las masas y la supresión de los intelectuales que antiguamente habían colaborado a manipularlas. En este sentido, Mao era aún un rebelde contrario al confucianismo denunciado en el Movimiento del Cuatro de Mayo.

Recuperación: el control de la mano de obra industrial

Después del Gran Salto Adelante, líderes como Liu Shaoqi y Deng Xiaoping se aseguraron de recibir informes reales y competentes acerca de las comunas, la industria, la ciencia, la

artesanía, las finanzas, el comercio, la literatura y el arte, los que les sirvieron de base para el desarrollo de programas prácticos de recuperación, y especialmente para asumir el control de la economía industrial. Durante el Gran Salto Adelante la emigración rural hacia las ciudades había elevado la población urbana hasta 130 millones en 1960. La construcción de plantas industriales y los pedidos de materias primas se dispararon y del;controlaron. Entre 1960 y 1964, la reducción de gastos condujo a la clausura de plantas y a un descenso del 50% en la tasa de empleo. Ello se enfrentó enviando sistemáticamente a muchos millones de individuos desempleados desde las ciudades hacia el campo, con lo que la población urbana se redujo en catorce millones. Un programa que incluía un registro familiar completo, racionamiento de grano y otras necesidades diarias, más la inspección de los hogares, estableció el control sobre los residentes urbanos. Se detuvo la emigración ilegal y se hizo una práctica regular el traslado de la juventud urbana al campo.

Como parte de este sistema de control, las diferencias de estatus aumentaron al interior de la clase trabajadora urbana. El grueso de la producción industrial provenía de grandes empresas estatales intensivas en capital, que se convirtieron en los lugares de trabajo (*danwei*) de una fuerza laboral especializada y privilegiada. Hacia la década de 1980, estos trabajadores permanentes de la industria estatal totalizaban 27 millones y eran, según palabras de Andrew Walder (1986), la única "fuerza laboral que participaba de lleno en el Estado de Bienestar". Gozaban de beneficios suplementarios tales como alojamiento y alimentos subsidiados, remuneraciones extras, subsidios gubernamentales, pensiones vitalicias y convenios estatales de seguros y bienestar. Estos dos quintos bien remunerados de la fuerza laboral, que trabajaban en aproximadamente 85 mil empresas, producían tres cuartas partes de la producción industrial total de China; Otros dos quintos de la fuerza laboral estaban constituidos por una clase secundaria de trabajadores de empresas colectivas rurales y urbanas, que producían a lo sumo un tercio del total. Estas empresas colectivas urbanas, mucho más pequeñas y numerosas, empleaban artesanos, mujeres y jóvenes en condiciones menos favorables que las empresas estatales. Otra categoría aún inferior era la de los "trabajadores temporales", quienes laboraban a contrata en la construcción y el transporte, realizando tareas domésticas o que sólo requerían de fuerza física.

El trabajador privilegiado de las empresas estatales recibía de éstas alojamiento, cupones para comida, alimentos subsidiados y artículos de primera necesidad. Su lugar de trabajo proveía asimismo de servicios sociales, atención médica, recreación y actividades políticas. Sin embargo, y a pesar de todos estos beneficios, los trabajadores aún debían gastar más de la mitad de sus sueldos en alimentación. Como resultado, el trabajador estatal dependía absolutamente de su lugar de trabajo, el que podía inculcarle una disciplina similar a la de una familia de mentalidad confuciana. El trabajador podía esperar que su hijo lo sucediera en su labor. Era más probable obtener un ascenso por antigüedad antes que por un progreso en las habilidades. Por otro lado, la disidencia e incluso la crítica podían significar la expulsión.

En síntesis, a comienzos de la década de 1960 no existía movimiento laboral alguno que pudiera causar preocupación al régimen, y tal era la dependencia de los trabajadores estatales de sus lugares de trabajo que usualmente ello bastaba para mantenerlos bajo control. De este modo, y como contrapartida al servilismo de los campesinos en la agricultura, la fuerza laboral esencial en la industria pesada y otras empresas estatales quedó bajo el yugo del Estado y del partido.

Mientras tanto, planificadores económicos como Chen Yun llamaron a una renovación de las motivaciones en la agricultura, permitiendo nuevamente el cultivo de pequeñas parcelas privadas y la venta en mercados locales, generalmente fomentando el ideal de la "responsabilidad individual". Esta apelación a los asuntos materiales estimuló a Mao a llamar a su vez a un renovado esfuerzo ideológico a través de la lucha de clases. Se trazaron líneas para lo que llegó a conocerse como la "lucha de las dos líneas" entre Liu, Deng y otros en el ámbito de la gestión especializada, y Mao y sus seguidores apostando por una movilización de base rural y romántica en su espíritu como la forma de resolver los problemas cada vez más profundos de China.

Rectificación del partido y educación

En esta lucha de dos líneas que Mao sostuvo con Liu en calidad de Presidente y con Deng como secretario general del partido, ambos bandos debieron concordar en relación a tres aspectos: el partido había sufrido un notable desprestigio entre la gente, aumentado la

corrupción y la moral estaba baja. Discrepaban en cuanto a si dirigir una rectificación mediante un nuevo movimiento de masas en los niveles más básicos de las áreas rurales, o bien acotarla a la organización del PCCh. Mao intentó por primera vez en 1963 encabezar una rectificación entre los cuadros del partido en el campo, la que denominó Campaña Socialista de Educación. Esta le habría permitido crear una red de órganos temporales al estilo de una campaña; así, en 1963 la Campaña Socialista de Educación se convirtió en un campo de batalla entre los dos enfoques. La organización del partido se mantuvo, con lo cual en 1964 el PCCh montó otra campaña de masas, denominada de Las Cuatro Limpiezas, con el objeto de que la lucha de clases rectificara a los cuadros de las aldeas. En la práctica, los nuevos presidentes de comités, secretaríos, contadores, encargados de abastecimientos y otros pertenecientes al nivel administrativo de la aldea habían comenzado muy pronto a tratar despóticamente al campesinado al que hasta hace poco pertenecían. Incurrían en pequeños peculados, atendían a sus favoritos, realizaban menos trabajos manuales y en general afirmaban su autoridad impartiendo órdenes arbitrarias y aliviándose la vida. Por lo tanto, la campaña de Las Cuatro Limpiezas apuntó a los cuadros cuyas actitudes -no la clase de origen- los convertían en explotadores.

Para combatir estos males, el PCCh dispuso la estrategia de enviar cuadrillas de trabajo formadas por cuadros externos para rectificar la conducta de los cuadros locales. El procedimiento recordaba las medidas tomadas originalmente durante la reforma territorial en contra de terratenientes, abusadores locales y déspotas de poca monta. Los miembros de la cuadrilla de trabajo se establecían en la aldea por algunas semanas, trababan relación con los pobres que tenían quejas y reunían cargos y evidencias en contra de los cuadros locales; luego, los infinitos interrogatorios, el agotamiento físico y las confesiones forzadas eran la base de las reuniones de lucha. Estas se realizaban al mismo estilo que los mítines de lucha en contra de los intelectuales y los burócratas, y llegaron a ser la principal forma de participación del campesino en la vida política, manipulada por el PCCh a gran escala: en lugar de contemplar simplemente una ejecución al viejo estilo como observadores pasivos, ahora los campesinos se convirtieron en vociferantes acusadores de las víctimas señaladas por las autoridades.

Hacia 1965, desilusionado porque los funcionarios del partido habían rehusado aceptar su enfoque de rectificación mediante una campaña masiva, Mao comenzó a buscar fuera de esa organización un medio a través del cual efectuar la campaña de rectificación.

Entretanto, el deseo de Mao de liberar a los campesinos chinos y convertirlos en ciudadanos instruidos por medio de la educación -un ideal que los reformistas liberales occidentales podrían aceptar de inmediato- también se vio frustrado. La educación siempre había sido una preocupación importante para el pueblo. El Gran Salto Adelante había encarado un doble problema: cómo hacer que el hombre común recibiese educación a través de nuevas instituciones, mientras se continuaba instruyendo a la necesaria élite en el sistema establecido de escuelas secundarias y universidades. El nuevo esfuerzo ahora se centraba en la creación de escuelas "de trabajo y estudio", como las "escuelas para el pueblo" (*minbani*) del período de Yan'an. Miles de escuelas secundarias fueron creadas en un esquema de trabajo y estudio, se dijo, mientras el programa regular de estudios se reducía de doce años -como en el sistema norteamericano- a diez, como en el soviético. Para llegar al hombre común también se hizo indispensable simplificar el contenido de la educación; por consiguiente, se reescribieron los textos. El principal obstáculo fue la carencia de personal debidamente entrenado en materias específicas: simplemente no existía. El expediente temporal de aclamar a los campesinos como "científicos" y colocarlos en cargos docentes demostró ser ineficaz. No hubo otra salida que admitir el hecho de que las escuelas de trabajo y estudio eran inferiores a las escuelas regulares.

Este hecho evidente adjudicó a las escuelas de trabajo y estudio la mala reputación de constituir canales inferiores para el progreso. Las familias campesinas rápidamente se dieron cuenta de que sus hijos sólo podrían aspirar a la clase alta a través del sistema regular de estudios. En vez de incorporar a sus hijos a un programa de trabajo y estudio que sólo les otorgaría el status de campesinos educados, muchas familias campesinas optaron por mantener a sus hijos en el hogar, trabajando en la granja.

Cuando el sistema regular fue simplificado para acomodar a estudiantes trabajadores y campesinos relativamente incultos, los educadores de ese sistema, en un esfuerzo por mantener los estándares y generar una élite bien entrenada, recurrieron a un mecanismo especial. Este, que había sido utilizado en Yan'an, era la escuela clave, donde se podía concentrar a los mejores estudiantes, al personal docente y todo el equipamiento. Como

nuevamente había entrado en funcionamiento un sistema nacional de exámenes, el porcentaje de graduados que lo aprobaba y que ingresaba a la universidad tras asistir a una escuela secundaria se convirtió en la medida de excelencia de estas últimas. En la jerarquía así establecida, las escuelas clave iban a la cabeza, y las escuelas de trabajo y estudio ocupaban el último lugar. Además, las escuelas de trabajo y estudio contaban con la mayor proporción de niños trabajadores y campesinos, mientras que los hijos de activistas políticos o "cuadros revolucionarios" en la estructura oficial predominaban en las escuelas secundarias. Sin embargo, era probable que los situados al nivel más alto en las escuelas clave fuesen los hijos de los antiguos intelectuales, cuya tradición familiar les concedía una ventaja inicial en la educación.

Consideradas como un programa social, las reformas educacionales y las innovaciones del período del Gran Salto Adelante atacaron directamente la antigua división entre la clase alta y la plebe. La máxima de Mao "nunca olvidar la lucha de clases" situó a los hijos de los intelectuales en desventaja. Como consecuencia, a los estudiantes provenientes de clases "malas" a menudo se les penalizaba o incluso se les excluía del sistema. No obstante, para ingresar a las instituciones de estudios superiores se estableció una competencia basada en las calificaciones obtenidas en los exámenes, de forma muy similar a como se hacía antiguamente. Por consiguiente, a mediados de la década de 1960 el nuevo sistema educacional chino se bifurcaba en dos direcciones, y el camino superior aún llevaba hacia la élite. No había sido posible modificar la estructura de clases de China por medio de la educación.

Por el contrario, el surgimiento de nuevas élites dejó a una gran mayoría rezagada e insatisfecha. Cuando en los años 60 el ingreso a la educación superior fue restringido tanto por su costo para el Estado como por temor a un exceso de graduados, numerosos jóvenes permanecieron desempleados en las ciudades. La fuerza laboral, por su parte, experimentó una intranquilidad similar a causa de los mejores salarios y trabajos más estables con que contaban los trabajadores especializados, mientras que la mayoría de los obreros eran claramente prescindibles. Crecía la tensión en importantes sectores de la sociedad china, como también al interior del PCCh.

La división chino-soviética

Con la perspectiva de hoy, vemos claramente que en 1960 chinos y rusos iban de cabeza hacia una separación. El hecho era que los contactos norteamericanos con China a través del Pacífico habían sido mucho más extensos y duraderos que la influencia rusa a través de Siberia y Mongolia. No existían universidades cristianas ortodoxas rusas que impartiesen educación a jóvenes chinos. El segundo idioma de la clase alta china era el inglés, no el ruso. Por otra parte, el vínculo chino que se creó con Rusia provino del movimiento comunista y de los pocos miles de chinos que éste envió a Moscú. Sólo en la década de 1920 esta influencia comenzó a notarse, y, a medida que los comunistas chinos y rusos llegaban a conocerse mejor, no necesariamente se convertían en grandes amigos. Los líderes del PCCh no podían olvidar que Stalin apoyó la estrategia equivocada en la década de 1920, y que todavía en 1945 había firmado un tratado con la China Nacionalista para servir los intereses nacionales rusos en Manchuria. En síntesis, el enlace chino-ruso fue tenue y pudo disolverse tan pronto como el PCCh comenzó a desarrollar su propio estilo de comunismo nacional. Un elemento tendiente a esa disolución sería el hecho de que, una vez que China reconociera nuevamente la necesidad de recibir ayuda extranjera para su desarrollo económico, Estados Unidos y sus aliados podrían suministrar mucho más que la Unión Soviética.

La separación chino-rusa tuvo lugar por etapas, a fines de la década de 1950. Para el cuadragésimo aniversario de la URSS, el Presidente Mao realizó durante el invierno de 1957 su segundo viaje a Moscú. Allí se refirió en tono obsequioso a la supremacía soviética en el comunismo internacional, e incluso fue más lejos de lo que los rusos hubiesen deseado al sostener en forma prematura que la puesta en órbita del primer satélite soviético, el Sputnik, acababa de demostrar que "el viento oriental comenzaba a prevalecer sobre el viento occidental", y que los días del imperialismo capitalista estaban contados. En ese momento, ya habían sido elaborados diversos acuerdos chino-soviéticos de intercambio técnico, incluyendo la colaboración para la fabricación de bombas nucleares, y China continuó contando con la ayuda de cerca de diez mil expertos soviéticos en su desarrollo industrial.

El distanciamiento comenzó cuando Nikita Jruschov se volcó a criticar abiertamente el Gran Salto Adelante. En ninguna de sus dos visitas a Pekín (en 1958 y 1959) logró entenderse con Mao. El líder ruso pensaba que el líder chino era un desviacionista romántico cuya opinión no era de fiar. Durante el Gran Salto Adelante, Mao afirmó que a través del sistema de comunas China lograría llegar al comunismo más rápido que la URSS, lo cual irritó a Jruschov, quien también se enfureció porque, en 1958, cuando Mao planeaba bombardear la isla de Quemoy -guarnecida por tropas nacionalistas-inmediatamente fuera del puerto de Xiamen, no le informó nada, aduciendo que se trataba de un asunto meramente interno. Esta racionalización pasaba por alto el hecho de que Estados Unidos era un aliado de Taiwan, de igual modo como lo era la República Popular de la URSS, y por tanto era posible que esa acción de una supuesta guerra civil desatase un enfrentamiento entre las superpotencias, es decir, una confrontación nuclear. Jruschov se encontraba justamente en la fase Camp David de desarrollo de un *modus vivendi* con el Presidente Eisenhower. En la crisis del Estrecho de Formosa que se desató en 1958 a causa de posibles hostilidades entre la República Popular y Estados Unidos, los soviéticos negaron su respaldo a China, incumpliendo su promesa de entregarle un arma nuclear. El desacuerdo llegó a tal punto que, repentinamente, a mediados de 1960 Jruschov retiró a todos los especialistas soviéticos de China, junto con todos sus proyectos. Pronto el PCCh comenzó a dirigir al Partido Comunista de la Unión Soviética verdaderas ráfagas ideológicas atacando el revisionismo soviético, y se le pagó con la misma moneda. Hacia 1963 este altercado entre ambos partidos se dio a conocer al mundo. La dispersión de filas fue todo lo amarga que podía ser, puesto que, como sectarios que eran, el PCCh y el PCUS alguna vez compartieron una fe común, y ahora cada uno veía que el otro la traicionaba.

El Gran Salto Adelante como movimiento social

La colectivización de la agricultura en China se hizo posible gracias a años de tesón y determinación por parte de los cuadros locales que administraron el proceso. Estos millones de personas, hombres y mujeres, eran activistas políticos y administradores -tanto los miembros del partido como los candidatos- deseosos de llevar a cabo la revolución y, al mismo tiempo, de ascender socialmente con ella. Habían surgido de las masas rurales por su propia sensibilidad frente a las oportunidades que ofrecía la revolución. En términos de estructura social, correspondían de manera general a la nobleza inferior del fin de la época imperial y principios de la República: aquella cuyos miembros eran discípulos de patronos de posición más elevada, administradores de tesorías y encargados de los negocios de los terratenientes absentistas, funcionarios locales, líderes de bandas y asociaciones campesinas, militares y otros en condiciones de gravar con impuestos, reclutar, organizar y tiranizar a la población campesina. Al finalizar el orden imperial, se habían convertido por sí mismos en pequeños déspotas locales, ya no relacionados con la alta nobleza, que para entonces se había instalado en los pueblos y las ciudades.

El proceso global de reforma agraria bajo el PCCh se caracterizó por la sustitución de los antiguos remanentes de la nobleza inferior por los cuadros del partido. Por su vitalidad, éstos representaban a un nuevo régimen, pero en términos estructurales se inmiscuyeron mucho más todavía en la vida de las aldeas, respaldados por la autoridad del partido. Mientras la nobleza inferior había surgido localmente con un cierto grado de espontaneidad y autonomía, los cuadros del PCCh lograron imponer su dominio por la representación de una autoridad superior.

Una vez creado este nuevo estrato de activistas en el campo, y tras haberse abierto camino en la sociedad por medio de la colectivización de la agricultura, necesitaba tener cosas que hacer y estaba dispuesto a llegar más lejos. Justamente fue tan difícil refrenar el Gran Salto Adelante porque una vez que los activistas hubieron iniciado la reorganización de las aldeas, tendieron a continuar haciéndolo. En efecto, la "liberación" creó una nueva clase deseosa de seguir liberándose.

Hacia fines de los años 50 y comienzos de los 60, China era una nación compuesta por gente joven, ya desarraigada del pasado y ávida por competir en pos de un ascenso. Uno podría imaginar otros motivos, no necesariamente egoístas o materialistas. La eliminación de las antiguas constricciones de la vida campesina y la difusión del alfabetismo y la organización, así como las doctrinas de igualdad y oportunidad para todos, inspiraron a muchos jóvenes campesinos a unirse a una causa noble y sacrificarse por ella.

En la perspectiva histórica china, el Gran Salto Adelante también parece una versión moderna de las colosales obras públicas de antaño. La reconstrucción de la Gran Muralla en el período Ming, como la construcción de los campos de aterrizaje de Chengdu para los bombarderos norteamericanos B-29 durante la Segunda Guerra Mundial, fueron ejecutados por trabajadores reclutados en las zonas rurales. Usualmente, al jefe de una aldea se le ordenaba proveer una cierta cantidad de hombres a la obra por un cierto tiempo, digamos diez días. Los aldeanos traían su alimento e instalaban esteras y toldos para dormir. Trabajaban en cuadrillas, y una vez finalizado su turno volvían nuevamente al hogar. Existían muchas variaciones en dichos servicios de mano de obra, pero todas constituían enormes proezas de remoción de tierra en canastos colgados de una vara sobre los hombros y de arrancar piedra para utilizarla en mampostería. Los logros del Gran Salto Adelante en la construcción de represas, diques y canales de riego constituyeron la forma más reciente de esa antigua práctica que, por ejemplo, levantó capitales prehistóricas en Anyang y Zhengzhou con muros de tierra tan bien compactados -apisonados dentro de una estructura movable-que hasta el día de hoy se les puede identificar. Era una prerrogativa del gobernante el dirigir dicha fuerza laboral. El uso que Mao hizo de ella fue totalmente natural.

Hasta en las erradas instrucciones impartidas por autoridades de menor rango, tales como labrar la tierra demasiado profundo (con lo que los minerales del suelo asomaban a la superficie) o realizar una plantación mixta con dos tipos de cultivos (dificultando su cosecha), podemos notar un retroceso a los teóricos estadistas de la clase alta imperial que decían a los agricultores cómo debían cultivar la tierra.

La reorganización de la vida campesina en brigadas y comunas tampoco fue una invención totalmente maoísta. Sobre todo en su irrupción en la escena rural, el Gran Salto Adelante merece compararse con reformas agrarias más antiguas, como las de los Wei del norte, los Song y los primeros Ming. Aún tenemos mucho que aprender acerca de la China moderna a través de su larga historia.

Tras una cierta recuperación económica a comienzos de la década de 1960, la siguiente fase de la revolución vio a China recogerse otra vez sobre sí misma. Sin duda que en la disputa limítrofe que se libró en 1962 entre chinos e indios el Ejército de Liberación Popular se anotó una rápida y espectacular victoria militar. Sin embargo, a medida que la disputa chino-soviética se tornaba más ácida, los esfuerzos chinos por organizar a los países subdesarrollados del Tercer Mundo de Africa y Asia en contra de la URSS se vieron frustrados. El recorrido de Zhou Enlai por Africa no sirvió para nada. Entretanto, Estados Unidos intervenía masivamente en Vietnam en 1965 y prometía no invadir Vietnam del Norte por tierra para evitar un conflicto chino-norteamericano como el que se vivió en Corea. Frustrado en lo que a relaciones exteriores se refiere, Mao creyó que era el momento preciso para realizar otro gran esfuerzo con el fin de revitalizar al pueblo chino.

20. La Revolución Cultural 1966-1976

Los cimientos

La última década de Mao -desde 1966 hasta su muerte en 1976- fue testigo de una lucha política interna que convulsionó a China, significó una constante amenaza para el resto del mundo y originó una espantosa destrucción. Fue un final apropiado para los veinte años perdidos de China, iniciados en 1957 con la Campaña Antiderechista que hizo caer en desgracia a tantos intelectuales. El cataclismo, que involucró directamente a cerca de cien millones de personas, tuvo tan vasto alcance que su historia aún está lejos de ser conocida o escrita en su totalidad.

Para intentar comprender la Revolución Cultural, se debe primero sortear la brecha que separa las culturas políticas china y occidental. Supongamos que el Presidente de Estados Unidos, en Washington, instase a los estudiantes de educación superior de todo el territorio norteamericano a colocarse una banda en el brazo y a incomodar, recriminar y acosar a los ciudadanos en las calles y en sus hogares para finalmente tomarse el municipio, las firmas comerciales locales, los servicios gubernamentales y demás instituciones. En caso de que los estudiantes llegasen a intentarlo, antes de caer la noche ya habrían sido detenidos. En Estados Unidos, los sectores semiautónomos de la sociedad civil los gremios profesionales, los negocios, los trabajadores, la iglesia, los medios de comunicación, etc.- no se dejan coaccionar tan fácilmente.

Por lo tanto, para entender la Revolución Cultural china estamos obligados a imaginar una sociedad que puede ser dirigida por un Gran Líder y una dictadura del partido, simplemente porque los ciudadanos son pasivos respecto de los asuntos públicos y obedientes ante la autoridad. Los derechos humanos allí no existen, pues se les ha enseñado que afirmar su existencia -como el debido proceso, por ejemplo- sería egoísta, antisocial y, por ende, inoble. Asimismo, sería severamente penalizado. El problema parte en el campo, en la vida familiar de la aldea china, donde la enseñanza confuciana de un orden social a través de la autosubordinación obediente ha dejado su huella hasta el día de hoy.

Un punto de partida para comprender la Revolución Cultural es reconocer que Mao Zedong había adquirido algunas de las prerrogativas de un emperador. El porqué debió prácticamente destruir el partido que él mismo formó, poniendo en peligro toda la revolución, es una interrogante compleja que exige varias líneas de análisis.

En un comienzo, la aversión de Mao por la burocracia urbana se expresaba en su fe en que el campo debía ser el principal beneficiario de la revolución de China. Gracias a su larga experiencia rural, conocía perfectamente los obstáculos que enfrentaban los campesinos chinos en su lucha por lograr un buen nivel de vida. Sin embargo, una vez que Mao estuvo en el poder, el ideal de su "liberación" dio paso a la obvia necesidad de utilizarlos para construir China bajo el liderazgo y control del PCCh.

Pero, a medida que este esfuerzo se llevaba a cabo, Mao comenzó a preocuparse por la progresiva -y aparentemente inevitable- acumulación de las instituciones del gobierno central y sus diversos niveles de funcionarios y cuadros, que parecían estar reemplazando a la élite local de los tiempos imperiales. Mao temía un resurgimiento de la dominación de la clase dirigente sobre los aldeanos. Considerando la necesidad moderna de una administración experta, y debido a la irrefrenable tendencia hacia el privilegio personal y la corrupción en la nueva clase dirigente de China, se haría muy difícil probar que él no estaba en lo cierto.

A comienzos de la década de 1960, un motivo más inmediato para la inquietud de Mao fue la difundida y persistente denigración de su accionar y sus políticas por parte de los círculos dirigentes del PCCh. En un Estado basado en los ideales de armonía y unidad, los líderes de las distintas facciones no podían atacarse unos a otros directamente ni por sus nombres sin ser considerados elementos perturbadores o aguafiestas. Por lo tanto, se valieron del antiguo

recurso de situarse bajo la sombra de los intelectuales orgánicos que constituían la vociferante periferia de sus respectivas facciones. Después que se purgó a los intelectuales considerados como remanentes sinoliberales acusándolos de derechistas, sus funciones como editores, escritores, periodistas y organizadores de la *intelligentsia* fueron ocupadas por una generación algo más joven, que heredó la tradición intelectual. Aliados con los líderes políticos, estos intelectuales intra-partidistas expresaban su postura en artículos editoriales, ensayos, críticas, obras de teatro y otras producciones literarias. A comienzos de la década de 1960, un grupo de talentosos intelectuales que representaba a los círculos dirigentes del PCCh utilizó los métodos indirectos del lenguaje de las fábulas de Esopo, las alusiones y los ejemplos históricos para disparar una andanada de críticas a los errores del Gran Salto Adelante y a las tácticas de movilización de masas de Mao en general. Algunos llegaron más lejos, y cuestionaron la máxima de Mao de 1942 de que toda la literatura debía servir directamente a la revolución. Era principalmente en Pekín donde se generaba la opinión crítica; Peng Zhen, quien encabezaba el Comité del Partido de Pekín, era allí el líder.

Finalmente, el temor de Mao de que la revolución popular estuviera perdiendo el rumbo en China se intensificó con el espectáculo que estaba brindando la URSS. Mao resentía el estilo autoritario de Nikita Jruschov. En la URSS había visto el revisionismo en acción, es decir, el alejamiento de la preocupación igualitaria por el pueblo y su organización colectiva, para privilegiar el crecimiento de una nueva clase dirigente compuesta por gente especialmente privilegiada, educada en el conocimiento técnico y centrada en el quehacer urbano, a quienes la poderosa policía secreta mantenía en línea al igual que al resto de la población. Dada la apreciación global de la dictadura del partido soviético por parte de Occidente, la desconfianza de Mao estaba bien fundamentada. De cualquier modo, su motivación personal era recuperar el control del PCCh instalando a sus propios seguidores en el poder.

Uno de los resultados del ataque de Mao al mariscal Peng fue su reemplazo como ministro de Defensa por el mariscal Lin Biao, un táctico sobresaliente, que ahora asumía el poder y presionaba por la politización del ejército. Como parte de su programa de adoctrinamiento, Lin recopiló en el *Pequeño Libro Rojo* todas las citas del Presidente Mao, y demostró estar listo para ponerse de su lado al momento de enfrentar la controversia que se desarrollaba. Al poco tiempo había abolido el uso de insignias entre los oficiales del ejército; también reanudó el sistema de comisarios políticos, desacreditando así a los militares profesionales que el mariscal Peng había representado. Se lanzó una campaña para “aprender del Ejército de Liberación Popular (ELP)”, como si su politización militar pudiese constituir un modelo para la sociedad entera. Al interior del PCCh, ello acabó con el precedente de que el militarismo debía permanecer subordinado.

La duración nominal de la Revolución Cultural fue de tres años, desde comienzos de 1966 hasta abril de 1969; sin embargo, muchos señalan que el tipo de actividades que la caracterizaron continuó de hecho durante toda una década, hasta 1976. Comenzaremos con el propio Mao.

Objetivos y recursos de Mao

La comprensión foránea del fenómeno de Mao requiere de un esfuerzo de imaginación, antes que nada para reconocer la naturaleza de su supremacía. Mao tuvo dos carreras: fue un líder rebelde, y fue también un emperador en versión moderna. Había logrado el poder de este último, pero sin duda retuvo la autoimagen del primero. Como en China la autoridad descendía en una jerarquía vertical, lo que era reconocido incluso en el nivel de la masa, una vez que el PCCh asumió el poder su líder se tornó sacrosanto; superior a todo el resto de la humanidad, no sólo se volvió objeto de veneración, sino también reconocido jefe supremo de todos y cada uno de los miembros de la organización. Tan grande había sido la contribución de Mao a la configuración del PCCh que éste podía considerarse como obra suya, y si quería reformarlo estaba en todo su derecho. Solamente si lo consideramos como un monarca que vino a suceder a una larga serie de emperadores podemos imaginar por qué los líderes del PCCh, entrenados para ser leales, acataron el gradual asalto y su posterior destrucción a manos de Mao.

Esta singular disposición de la mente del pueblo posibilitó a Mao, que también estaba embelesado consigo mismo, el considerar la aparición de élites como un fracaso de la revolución, cuyo remedio debía ser el resurgimiento del igualitarismo, aun cuando ello pudo intentarse sólo gracias a la desigualdad de Mao. Este despotismo benevolente era

precisamente el polo opuesto de la política que caracteriza a la comunidad de Occidente, donde el principal dueño del poder a menudo es el más criticado. En otras palabras, Mao se encontraba en una posición tal de poder reconocido que le era posible hacer prácticamente todo lo que quisiera.

Pero, ¿qué pensaba Mao que estaba haciendo? Quizá podría resumirse como un esfuerzo por tornar el "centralismo democrático" más democrático y menos centralista. Mao veía a la nueva burocracia siguiendo el antiguo modelo de gobierno autocrático vertical, con lo cual las masas campesinas quedaban donde siempre habían estado, en el estrato más bajo de la sociedad, sometidas a la explotación de una nueva élite. Para combatir esta tendencia, Mao deseaba utilizar el enfoque de la línea de masas mediante el cual el partido debía responder a las preocupaciones de los campesinos. A este nuevo estilo de gobierno orientado hacia abajo podía contribuir la descentralización de la administración. No todas las decisiones locales debían depender de los burócratas de Pekín. El objetivo del gobierno debía ser el bienestar y el adoctrinamiento de las masas campesinas, no sólo el antiguo lema del movimiento de autorreforzamiento, "un Estado rico y un ejército fuerte".

Este anhelo negaba categóricamente uno de los postulados básicos de la tradición política china, a saber: que las masas debían ser gobernadas por una élite leal y cuidadosamente instruida, compuesta por ministros y funcionarios subordinados, por oficiales de ejército de alto rango y por organizadores del partido con privilegios especiales. Mao definía el "revisionismo" como un abandono de las metas de la revolución y una aceptación de los males de los privilegios especiales y la acumulación de bienes mundanos, lo que podía denominarse una restauración del capitalismo.

En la promoción y manipulación de esta verdadera convulsión social, Mao llevó a cabo un ataque instintivo contra la clase dirigente, aun cuando él mismo había ayudado a conformarla. Su razonamiento se centraba en su análisis de la lucha de clases, la que según él aún continuaba bajo el socialismo. La lucha contra el revisionismo en China estuvo determinada por el ejemplo de la Unión Soviética; Mao sentía que allí el burocratismo corrupto había destruido el ideal de un gobierno socialista.

Al parecer, Mao también tenía en mente la idea de que la juventud estudiantil podía ser movilizada para atacar los males en los círculos dirigentes y purgar a China del revisionismo. Eso sería una forma de manipulación del movimiento de masas que, según su experiencia, constituía el motor del cambio social. Animando y conduciendo a la juventud urbana, obviamente Mao burló todos los principios de rectificación del partido al interior de las filas del mismo. En efecto, declaró la guerra a los líderes que lo habían acompañado desde Yan'an. Manipulando la situación para obtener la aprobación de las directivas del Comité Central y otras compuestas según su conveniencia, Mao ató de pies y manos a los líderes partidarios gracias a la propia tradición de obediencia disciplinada a las órdenes del partido. Para ciertos asuntos decisivos debía asegurarse el apoyo de Zhou Enlai, quien, como era habitual, desempeñó la función de reparar las injusticias y la falta de sentido práctico de Mao en sus intentos por purgar a sus colegas. En realidad los líderes del PCCh, profundamente leales al partido, no fueron capaces de prever qué los derribaría.

Por cierto que, a medida que la situación se descontrolaba y se hacía más violenta, Mao realizó diversos esfuerzos por refrenarla, pero casi nunca tuvo éxito. La Revolución Cultural, al igual que la Campaña de las Cien Flores y el Gran Salto Adelante, se transformó en algo que él jamás había imaginado. Teniendo en cuenta numerosas variaciones en las distintas apreciaciones, puede decirse que la purga entre los funcionarios del partido alcanzó aproximadamente al 60%. Se ha calculado que 400 mil personas murieron como resultado del maltrato. En el juicio a que finalmente fueron sometidos en 1977, a los miembros de la Banda de los Cuatro -la esposa de Mao, Chiang Qing, y tres de sus colegas del Grupo Central de la Revolución Cultural- se les acusó de haber inculcado y perseguido a más de 700 mil personas, de las cuales alrededor de 35 mil fueron hostigadas hasta provocarles la muerte. Muchas más quedaron física y mentalmente incapacitadas, y un buen número optó por el suicidio.

El papel del Ejército de Liberación Popular

La capacidad de Mao para promover la Revolución Cultural descansaba en primer lugar en el apoyo de las fuerzas armadas. En el Ejército de Liberación Popular, la disputa entre el profesionalismo militar y la ideología política era de larga data. Retrospectivamente, se observa cómo el Ejército Rojo de la URSS resolvió la relación entre el partido y el ejército

mediante "políticos al mando", esto es, comisarios políticos a los cuales los militares profesionales debían quedar subordinados. Sin embargo, poco a poco el profesionalismo militar fue asumiendo el control en la URSS, junto con el crecimiento del Estado Mayor General soviético.

China experimentó una progresión similar. En Cantón, la Academia Militar de Whampoa bajo el mando de Chiang Kai-shek había formado un ejército del partido con el fin de encabezar la Expedición del Norte, pero tras la división en 1927 Chiang desarrolló fuerzas profesionales que prescindían del apoyo de las masas para la guerra de guerrillas o "guerra del pueblo". Entretanto, en los confines del país el PCCh se vio obligado a recurrir a las antiguas técnicas de los bandidos campesinos chinos, es decir, a la movilidad de unidades de pequeño tamaño, al engaño y la unión con las masas rurales de una región determinada. No obstante, incluso en Jiangxi el grupo de control, compuesto por aproximadamente doce comandantes del PCCh, mostraba una firme creencia en el profesionalismo. Varios de ellos habían estudiado técnicas militares en Moscú, y el resto había absorbido ideas soviéticas. Su principal oponente era Mao Zedong, quien -entonces como siempre- creía fervientemente en la movilización de las masas rurales en una "guerra total".

En suma, el PCCh contó desde un comienzo con un grupo entrenado y sofisticado de comandantes centrales, dedicados a la especialización, la organización y la disciplina propias de un ejército verdaderamente profesional. Aquellos tenían cargos políticos o militares, según fuese necesario. Durante la toma del poder por el PCCh, algunos de ellos -de los cuales finalmente quedaron cinco- encabezaron ejércitos de campaña. Cada uno de estos ejércitos tenía ciertas raíces locales, cierta continuidad de mando y ciertas experiencias compartidas, todo lo cual podría haber derivado en el regionalismo y la rivalidad. Pero los jerarcas centrales (Mao, Zhou, Peng Dehuai y otros) transfirieron cuidadosamente al personal para evitar el faccionalismo. Los líderes políticos sabían cómo mantener la unidad, puesto que ellos mismos habían sido comandantes.

En la década de 1960, aunque el ELP adoptó una postura esencialmente defensiva con respecto a las potencias internacionales, desempeñó un papel fundamental al interior del país como soporte del *establishment* político. Se componía de aproximadamente 38 unidades de tropas principales o "ejércitos", que se desplegaban por todo el país en once regiones militares. Estas fuerzas de primera línea podrían ser contrastadas con las fuerzas regionales, que se dividían en 28 distritos militares provinciales. Las fuerzas regionales contaban con menos armamento y sólo estaban entrenadas para la defensa local (incluyendo, por ejemplo, la movilización de la Milicia Popular y el cuerpo de producción y construcción, que totalizaba decenas de millones de soldados de media jornada). Se encontraban muy dispersas en pequeños comandos por todo el territorio, sin un entrenamiento como para constituir ejércitos unificados de campaña. Recuerdan el sistema imperial tardío bajo el dominio de los Qing, en el que el *Luying* o Ejército del Estandarte Verde servía como una guardia civil dispersa en pequeñas unidades destinadas a mantener el orden local, mientras los abanderados de las divisiones militares formaban las fuerzas de choque.

Así como el control militar residía en el emperador, en la República Popular el comandante en jefe era el presidente del PCCh, quien por lo general gozaba de un nombramiento paralelo como presidente de la Comisión de Asuntos Militares (CAM). La CAM disponía de tres estructuras básicas de mando, una para controlar a los militares, otra para dirigir el aparato político del PCCh dentro de las fuerzas armadas, y otra para las funciones administrativas y logísticas. Otra reminiscencia del sistema imperial era la disposición de que las tropas sembrasen sus propias cosechas y levantasen sus propias pequeñas industrias locales para que fueran hasta cierto punto autosuficientes, de forma similar al antiguo sistema *tuntian* de puestos fronterizos semiindependientes.

Como el partido había penetrado el ejército en todos sus niveles y muchos militares eran militantes, las fuerzas regionales del ELP en los comandos provinciales recibían sus órdenes de los secretarios locales del partido y de otras autoridades del mismo. Por lo general, el primer secretario del partido de una provincia servía al mismo tiempo como primer comisario político del distrito militar. Esta telaraña de control político-militar manejaba el reclutamiento de millones de conscriptos cada año, pues el ELP se había convertido en un importante canal para la movilidad social en las zonas rurales.

De este modo, el Ejército regional de Liberación Popular interpenetró los gobiernos locales y los servicios de seguridad pública y, bajo el mando de Lin Biao, se tornó tanto Rojo como experto. Ello fue lo que proporcionó la base de poder de Mao. En un comienzo, los ejércitos principales de tropas profesionales no estaban involucrados.

Cómo se desarrolló la Revolución Cultural

Entre fines de 1965 y el verano de 1966 se sucedieron las tensiones entre el grupo de Mao y los círculos dirigentes del PCCh. Al apoyo que Mao recibió de parte de un ELP repolitizado bajo Lin Piao se agregó, a través de su esposa Chiang Qing, el de un grupo de intelectuales radicales de Shanghai que posteriormente formarían su Grupo Central de la Revolución Cultural. Todos ellos formaban un equipo más bien difícil de describir. Lin Piao, a pesar de ser un comandante de campo muy capaz, era un individuo delgado y más bien evasivo, que sin duda carecía de carisma y a quien siempre se veía con la gorra puesta, pues era calvo. Indudablemente, tenía un gran talento para las luchas internas y era astuto como un zorro, pero mientras el sobrepeso de Mao contribuía a su magnificencia (al estilo chino, donde no se premia el ser delgado), Lin parecía pequeño e insignificante. La esposa de Mao, por su parte, a pesar de no haber tenido mucho éxito como actriz de cine antes de su llegada a Yan'an, donde cautivó al Presidente, demostró ser una política competente. Deseaba imponerse sobre los círculos del poder cultural, con el fin de realizar reformas radicales bajo el lema del retorno a los antiguos principios, y llegó al poder en parte uniéndose a Lin Piao, como jefa del Departamento Cultural del ELP. También se alió con los intelectuales radicales de Shanghai, quienes se convertirían en la base de poder cultural para el ataque a Pekín.

En lo que sería una última estrategia para consolidar la combinación de fuerzas de Mao, Luo Ruiqing, un alto oficial del ELP que disentía del mariscal Lin Piao, fue arrestado en 1965 y acusado, interrogado y destituido de todos sus cargos en abril de 1966. El objetivo final era suprimir toda disidencia en el ejército. Entre los intelectuales, un ataque similar fue dirigido en contra del vicealcalde de Pekín, Wu Han, quien por sugerencia de Mao publicó una obra teatral en la que un antiguo emperador era reprendido por haber destituido erróneamente a un funcionario. Se dijo que Mao estaba convencido de que se trataba de un ataque contra su persona, por haber removido de su cargo al mariscal Peng Dehuai en Lushan, en 1959. Peng Zhen (sin parentesco alguno con el mariscal), el más alto funcionario del partido en Pekín, evidentemente consideró el ataque a su vicealcalde como un ataque contra su persona. Una investigación realizada en Pekín halló inocente de toda culpa al hombre, pero entonces Mao organizó un foro en Shanghai en el que se denunció severamente a Peng Zhen, quien en abril de 1966 fue destituido por las autoridades centrales. Dicho incidente mostró claramente hacia dónde soplaban los vientos.

En estos movimientos preliminares Mao dejó fuera de combate a ciertos funcionarios que habían mostrado indiferencia ante sus programas, a la vez que obtuvo la aquiescencia de la jerarquía del partido, representada por Zhou Enlai, Liu Shaoqi y Deng Xiaoping. Estos estaban acostumbrados a seguir al gran hombre; no sabían que se les conducía cuesta arriba por una montaña hasta llegar a un volcán. El Politburó estableció un Grupo Central de la Revolución Cultural que entregaría sus informes directamente al Comité Permanente; el Grupo estaba atestado de seguidores de Mao. Mientras tanto, la reorganización de diversos departamentos fue aprovechada para infiltrar a los seguidores de Mao en puestos clave.

El ataque al revisionismo y a miembros anónimos del partido que estaban "emprendiendo la vía capitalista" se intensificó entonces durante una subíase conocida como los Cincuenta Días, desde junio hasta agosto de 1966. En dicho período los estudiantes radicales fueron movilizadas para atacar a las autoridades universitarias pegando carteles en los muros, pero Mao permaneció solitario en China Central, dejando a su Vicepresidente y Jefe de Estado, Liu Shaoqi, el organizador urbano del PCCh, a cargo de Pekín. Por su naturaleza de formador del partido, de ninguna manera Liu daría prioridad a las organizaciones de masas. Así, intentó reprimir la agitación enviando equipos de trabajo a realizar escrutinios en los niveles más bajos del partido, en las instituciones más importantes, tanto universidades como industrias. Cerca de cuatrocientos equipos de unas veinticinco personas cada uno, lo que hacía un total de diez mil personas, fueron consignados a trabajar dentro de la organización del partido. Ello frustró el esfuerzo de Mao por trabajar a través de las organizaciones de masas.

Con las relaciones entre la facción radical y la conservadora cada vez más envenenadas, Zhou Enlai intentó como siempre un acercamiento. En febrero de 1967 presidió un encuentro entre los radicales del Grupo Central de la Revolución Cultural y una formación de militares conservadores y líderes del Consejo de Estado -entre ellos tres mariscales y cinco viceprimeros ministros-. La reunión, que después sería vilipendiada por los radicales como la "corriente

antagónica de febrero”, representaba la intensa preocupación por las peores tendencias de la Revolución Cultural.

En la segunda fase de la Revolución Cultural, desde agosto de 1966 hasta enero de 1967, el Presidente Mao se convirtió en un gran *showman*. El obediente Liu Shaoqi, ya definitivamente condenado a la destrucción, dirigió el movimiento antirrevisionista entre los fieles al partido. En julio de 1966 el público chino quedó pasmado al enterarse de que Mao se había dirigido al norte, haciendo una pausa en el camino para atravesar a nado el Yangtsé. Como los campesinos chinos por lo general no sabían nadar, y ya que sólo contados aventureros habían intentado alguna vez hacerlo en el Yangtsé, esto equivalía a que la Reina Isabel II hubiera atravesado a nado el Canal de la Mancha. Evidentemente, Mao se convertía en una especie de modelo atlético, capaz de realizar hazañas sobrehumanas (las fotografías que muestran su cabeza sobre la superficie del agua sugieren que Mao no nadaba al estilo *crawl*, ni de costado, de pecho o de espaldas, sino que tenía un estilo propio, casi parado en el agua, no flotando sobre ella; y que alcanzaba una velocidad inusualmente rápida).

En agosto de 1966, en Shanghai, Mao llevó adelante el así denominado Undécimo Pleno, que en realidad fue una sesión improvisada de un Comité Central atestado con sus partidarios. Allí se degradó a Liu Shaoqi del número dos al número ocho en la jerarquía del PCCh, y el general Lin ascendió al número dos, lo que lo convertía en probable sucesor de Mao. El Pleno también expuso la visión general de Mao sobre el movimiento en contra del revisionismo, con el cual se pretendía obtener un cambio drástico en la perspectiva intelectual de todo el pueblo chino. La regeneración espiritual, como así la denominó Mao, tendría prioridad sobre el desarrollo económico. El principio de la lucha de clases debía aplicarse a todos los intelectuales, burócratas y miembros del partido con el fin de eliminar a “aquellas autoridades que emprendían la vía capitalista”. Hasta ese momento, nadie sabía exactamente quiénes eran esos malvados individuos.

Por medio de estas maniobras, Mao obtuvo una legalidad nominal que le permitió impulsar un movimiento de masas en contra del revisionismo de los jefes del partido, lo que pronto dio origen al movimiento de los Guardias Rojos.

Los Guardias Rojos

El movimiento de masas que Mao levantó durante la Revolución Cultural estaba compuesto principalmente por una juventud estudiantil adolescente, esto es, algo muy diferente al de las masas campesinas que habían sido activadas en la colectivización agrícola de mediados de la década de 1950 o en el Gran Salto Adelante entre 1958 y 1960. En un principio, la Revolución Cultural no afectó mucho al campesinado, salvo en comunas cercanas a las ciudades. En su calidad de movimiento esencialmente urbano, la Revolución Cultural tuvo como protagonistas a los Guardias Rojos desde mediados de 1966 hasta mediados de 1968, año en que fueron abolidos. Esta juventud inexperta, que intentaba “aprender la revolución haciendo la revolución”, resultó inmensamente destructiva.

El faccionalismo de los Guardias Rojos, que derivaría en la lucha abierta entre grupos organizados en las ciudades, se originó en la estructura del sistema educacional de la década de 1960, en el que, como hemos visto, dos tipos de estudiantes competían por un mayor estatus y por el ingreso a la universidad después de la enseñanza secundaria. Un grupo estaba compuesto por hijos de familias de intelectuales, que gozaban de una ventaja inicial por su educación en el hogar y eran capaces de desempeñar un trabajo académico de excelencia. Nadie podía negar sus méritos en los exámenes. El otro grupo estaba integrado por los hijos de la nueva clase gobernante -los miembros, funcionarios y cuadros del partido-, cuyos antecedentes de clase eran considerados revolucionarios y de primer nivel. Constituían una generación naciente y tendrían ventaja al momento de postular a los empleos oficiales. Sin embargo, su nivel de erudición no era tan alto como el de los hijos de los intelectuales, aun cuando el estatus de clase de estos últimos había sido establecido como muy bajo. Esta diferencia en los antecedentes de clase contribuiría a la animosidad en las luchas faccionales de los Guardias Rojos.

Mao vigorizaba a los estudiantes radicales con lemas tales como “Bombardea el cuartel central” y “Aprende la revolución haciendo la revolución”. Los jóvenes fueron movilizados en Pekín mediante seis concentraciones masivas entre el 18 de agosto y el 26 de noviembre de 1966. A estos mítines, organizados por el ELP y el Grupo de la Revolución Cultural, acudieron cerca de diez millones de jóvenes provenientes de todo el territorio chino en calidad de

Guardias Rojos voluntarios; todos ellos viajaron gratis en ferrocarril y recibieron alojamiento en Pekín. Agitaban al aire el *Pequeño Libro Rojo de Citas del Presidente Mao* que el general Lin había compilado para adoctrinar a sus soldados. En el intertanto, las clases quedaron suspendidas, y pronto las universidades cerraron sus puertas.

Cualquiera que hubiera sido la intención romántica de Mao, los Guardias Rojos se volcaron hacia actividades destructivas que desembocaron en un brutal reino del terror, irrumpiendo en los hogares de las familias acomodadas, de los intelectuales y funcionarios, destruyendo libros y manuscritos, humillando, golpeando e incluso asesinando a los moradores, y sosteniendo continuamente estar llevando a cabo el ataque revolucionario contra los "Cuatro Viejos": viejas ideas, vieja cultura, viejos derechos, viejos hábitos. Estos jóvenes estudiantes, muchachos y muchachas por igual, cuyas edades fluctuaban entre los nueve y los dieciocho años, deambulaban por las calles con sus bandas rojas en el brazo, acosando e impartiendo su propia justicia moral a cualquiera que demostrase el menor indicio de extranjerismo o intelectualismo.

Hacia fines de 1966, el Grupo Central de la Revolución Cultural de Mao, que manejaba la situación, intensificó los ataques de los Guardias Rojos, que pasaron del mero acoso a todo aquel que fuera acusado de tener un tinte "burgués" a una fase más radicalizada: la de "sacar a la rastra" a funcionarios del partido y del gobierno para interrogarlos y castigarlos. Pronto tuvieron en la mira al ex jefe de Estado Liu y al secretario general del partido, Deng, como los principales traidores "que seguían la vía capitalista". Ellos y muchos otros miles fueron denunciados, arrestados y públicamente humillados. A través de la movilización de un ataque masivo de la juventud urbana a la jerarquía central del Estado y del partido, Mao y sus seguidores lograron generar un caos que evidentemente esperaban constituyese una saludable revolución. En el verano de 1966, al verse enfrentados a los mal organizados Guardias Rojos, los asediados líderes del PCCh respondieron al fuego con fuego y desplegaron sus propios Guardias Rojos. La estructura del círculo dirigente del partido era muy firme y difícil de destruir, pero la esperanza estaba perdida. Mao movía los hilos del poder, y al final reveló claramente su empeño de destruir el partido para reconstituirlo después.

El asalto al poder

En enero de 1967, el movimiento por el "asalto al poder" dio inicio a la tercera fase de la Revolución Cultural. Las tomas contaron con la venia de Pekín, y fueron los Guardias Rojos y otros los encargados de llevarlas a cabo en todas las ciudades de China. Los funcionarios fueron expulsados de sus oficinas, sus archivos examinados y a menudo destruidos; sus puestos fueron ocupados por jóvenes sin experiencia previa ni en administración ni en el ejercicio del mando. Estos ya empezaban a dividirse en facciones, que comenzaron a luchar entre sí.

Durante todo este tiempo el Ejército de Liberación Popular se abstuvo de intervenir, dejando así que la destrucción continuase. Pero, en enero de 1967, Mao se puso a la cabeza del ejército para apoyar la revolución antirrevisionista frente a los contrarrevolucionarios conservadores. La situación había escapado del control de Mao, el ELP era la única fuerza unificada que quedaba en la sociedad, y ahora debía asumir cada vez más el poder en la escena local. A pesar de que hasta ese momento sólo las fuerzas regionales, no las unidades de las fuerzas principales, se habían relacionado con la Revolución Cultural, se encontraban tan entrelazadas con la organización local del PCCh que les resultó muy difícil unirse a los comités revolucionarios de los que se esperaba la creación de nuevos gobiernos provinciales. Las fuerzas regionales del ELP se convirtieron en un débil junco sobre el cual apoyarse. Les correspondía mantener el orden y proteger los servicios públicos por medio de "comités militares de control"; sin embargo, cuando a las guarniciones regionales militares y a los distritos se les ordenó apoyar a la izquierda en contra de la derecha en las provincias, les resultó imposible controlar la situación. Sólo en cuatro provincias se realizó en forma efectiva el establecimiento de comités revolucionarios.

Ello determinó el intento del Grupo Central de la Revolución Cultural de purgar al ELP de aquellos oficiales recalcitrantes que pudiesen encontrarse en las provincias. Aun así, el incidente de Wuhan, de julio de 1967, mostró cuán ineficientes se habían tornado las fuerzas regionales como herramienta de la Revolución Cultural: una división independiente del comando de la guarnición de Wuhan ayudó a secuestrar a dos miembros del Grupo de la

Revolución Cultural del Comité Central de Pekín. Pekín tuvo que transportar unidades de las fuerzas principales para controlar la situación y establecer los comités revolucionarios.

Después que Mao ordenara a los Guardias Rojos encargarse de quienes en el ejército “emprendían la vía capitalista”, pronto la situación se tornó violenta. China comenzaba a caer en una guerra civil en la cual las facciones de los Guardias Rojos combatían entre sí y la fuerza militar regional se unía y tomaba partido. Si bien el ataque a los comandantes de las fuerzas regionales disminuyó después de septiembre de 1967, el faccionalismo se expandió como una peste, y surgieron roces entre las unidades regionales y las fuerzas principales. Pekín manejó esta crisis ordenando al ELP poner fin a su apoyo a cualquiera de los bandos y someterse a un entrenamiento político. Sin embargo, hacia 1968 las rivalidades facciosas comenzaban a hacerse evidentes incluso al interior de las unidades de las fuerzas principales. Si este proceso hubiese seguido adelante, Mao, que ya había jugado su última carta, habría perdido totalmente el control de la situación.

En julio de 1968, bajo esta presión, Mao disolvió finalmente los Guardias Rojos, de quienes dijo que habían fracasado en su misión. Después ordenó al ELP completar la formación de comités revolucionarios en todas las provincias. La dispersión de los Guardias Rojos los remitió en gran número al campo, cayendo desde la cima del protagonismo político a la insignificancia. Los activistas que ahora reemplazaban a los Guardias Rojos fueron denominados Rebeldes Revolucionarios, y sus acciones de despojo fueron igualmente crueles y temibles. Al mismo tiempo, las unidades de las fuerzas principales fueron trasladadas, mientras que la desbandada de las organizaciones de masas alivió la presión sobre dichas fuerzas para tomar partido por uno u otro bando. Como resultado final, los comités revolucionarios estuvieron dominados por militares. La mayoría de los primeros secretarios del partido eran oficiales del ELP. El primer ministro Zhou apareció diciendo que el ELP, con sus cerca de dos millones de soldados de fuerzas regionales, había sufrido “cientos de miles” de bajas.

En la cuarta fase de la Revolución Cultural, que va de julio de 1968 a abril de 1969, momento en el cual Mao intentó formar un nuevo Estado, el liderazgo estaba compuesto por dos quintos o más de militares, dos quintos de funcionarios del partido u oficiales nuevos o antiguos, y sólo una leve representación de las organizaciones de masas. El dominio militar quedó asegurado en 1969 por la baja calificación de los funcionarios de gobierno y del partido que llegaron al poder, cuya habilidad, en general, no podía compararse con la de sus predecesores.

El climax de la Revolución Cultural puede datarse en abril de 1969, durante el IX Congreso del partido. Lin Biao entregó el informe político. Los nuevos estatutos partidarios, adoptados para reemplazar a los de 1956, ponían énfasis en el Pensamiento de Mao y la lucha de clases. La calidad de militante estaba limitada por el origen de clase. Los nuevos estatutos eran mucho más breves que los antiguos y no definían bien la organización del partido, pero se estipulaba que el general Lin Biao, en su calidad de Vicepresidente del Presidente Mao, era “el más cercano compañero de armas y sucesor del camarada Mao Zedong”. De los 1.500 delegados a ese congreso, dos tercios vestían uniforme militar; asimismo, en el Comité Central los militares eran el 45% (en 1956 habían representado un 19%). Por otra parte, la representación de las masas y de las organizaciones de masas no incluía a demasiados estudiantes radicales. Dos tercios provenían de cargos provinciales. La gran mayoría eran recién llegados al Comité Central, pero su edad promedio era de alrededor de sesenta años. El Comité Central no sólo estaba más militarizado, sino también menos instruido y preparado para manejar los asuntos exteriores.

Relaciones exteriores

Las relaciones exteriores de China durante la Revolución Cultural se caracterizaron por el mismo fanatismo insensato que afectó a los asuntos domésticos, pues en ese momento la aversión no era sólo hacia lo antiguo, sino también hacia lo extranjero. El antiintelectualismo vino acompañado por la xenofobia. En 1965, durante las extensas giras de Zhou Enlai en su calidad de embajador de buena voluntad de China en Africa y Asia, la política china de cooperación a través de programas de ayuda, como por ejemplo la construcción del ferrocarril de Tanzania en Africa, comenzó a entremezclarse con el fervor y el espionaje revolucionarios. El intento chino de efectuar una Conferencia de Países del Tercer Mundo en Argel, excluyendo a la Unión Soviética, resultó un fiasco. Entretanto, el Partido Comunista de Indonesia protagonizó un intento de golpe de Estado y resultó completamente destruido por el gobierno

de ese país. Tales fracasos prepararon el terreno para que China se concentrara en sí misma durante la Revolución Cultural.

Aun así, las tropelías de los Guardias Rojos deterioraron los asuntos exteriores de la República Popular China, en especial después de que aquéllos ocuparan el ministerio de Relaciones Exteriores en junio de 1967. Sus escuadrones destruyeron en forma sistemática los registros, y trastocaron a fondo la continuidad de las relaciones con el resto del mundo. Chen Yi, ministro de Relaciones Exteriores, fue obligado en varias oportunidades a hacer una autocrítica ante miles de estudiantes burlones, con Zhou Enlai presidiendo las sesiones. Cualquier movimiento relacionado con los asuntos externos debía ser realizado a través de los oficios de Zhou.

A medida que la disposición de los Guardias Rojos a hacer la revolución en todos los frentes impregnaba los asuntos externos, las embajadas chinas se convertían en centros de proselitismo revolucionario y de instigación no diplomática del comunismo local. Desde septiembre de 1966 hasta agosto de 1967, este enfoque subjetivo y emocional del contacto extranjero condujo a la ruptura de relaciones con varias naciones, al llamado de todos menos uno de los embajadores de la República Popular China, y a una disminución del comercio internacional. En medio del caos interno, las turbas de Guardias Rojos invadieron la embajada soviética y la británica y, de hecho, incendiaron por completo esta última, tal como harían más tarde con la de Indonesia. Las gigantescas concentraciones masivas de denuncia no constituían más que un pobre sustituto de las relaciones diplomáticas con el resto del mundo.

La Revolución Cultural terminó con un giro importante de las relaciones de la República Popular China con Estados Unidos y con la Unión Soviética. Como la guerra de Vietnam experimentó después de 1965 una escalada por tierra y aire, tanto Estados Unidos como China tomaron medidas para evitar una confrontación directa. Los cruzados norteamericanos, como hemos mencionado más arriba, se cuidaron bien de enfrascarse nuevamente en una lucha contra China. Prometieron en forma explícita que sus aviones intentarían no penetrar en el espacio aéreo chino. La amenaza de enfrentamiento con los norteamericanos, que libraban una guerra tan cerca de las fronteras de China, fue así aplacada y Mao concluyó que podía proseguir con su revolución nacional.

Las relaciones de la República Popular China con la Unión Soviética tomaron la dirección contraria. La división, que comenzó en 1960 y continuó entre polémicas y acusaciones mutuas, intensificó ininterrumpidamente las hostilidades chino-soviéticas. La frontera -que se extiende a lo largo de 6.400 kilómetros- fue escenario de los primeros incidentes, y las fuerzas soviéticas fueron reforzadas. La ocupación de Checoslovaquia por parte del Ejército Rojo soviético en agosto de 1968 dio forma a la doctrina Breznev, que propugnaba que no se permitiría la subversión allí donde hubiera establecido un régimen comunista. Para los chinos, eso sonaba más bien agresivo. Los ataques de los Guardias Rojos provocaron una crisis en Hong Kong a mediados de 1967, la que se atenuó después de que el ELP asumiera el control y refrenara a los Guardias Rojos en 1968. La actividad revolucionaria de las embajadas chinas en Birmania (hoy Myanmar) y Camboya derivó en violentos incidentes y en la ruptura de relaciones. La política revolucionaria de Pekín provocó un conflicto con patrullas indias en la frontera de Sikkim y el Tíbet. Esta vez los indios estaban mejor preparados, y pasó una semana de combates sin resultado alguno. Cuando Corea del Norte comenzó a colaborar abiertamente con la Unión Soviética, las relaciones entre China y Corea del Norte empeoraron. La agresividad de la Revolución Cultural hacia el mundo exterior llegó a su punto culminante el 2 de marzo de 1969, cuando los chinos enviaron una fuerza de emboscada a una isla en disputa en el río Wusuli, el principal afluente del Amur en la frontera noreste de China. Los chinos, vestidos con sus uniformes blancos, aplastaron a las patrullas soviéticas en la frontera. La represalia soviética fue enérgica, no sólo en ese lugar, sino en diversos puntos a lo largo de la frontera chino-soviética donde surgieron incidentes en los dos años siguientes, y los chinos fueron sometidos a presión. Hacia fines de 1969, a medida que las relaciones con la Unión Soviética seguían deteriorándose, con Estados Unidos comenzaban a mejorar.

En Estados Unidos, la impresión inicial de la Revolución Cultural había reflejado su propaganda. Se la consideraba un esfuerzo de Mao por preservar ciertos valores populistas igualitarios y evitar la burocracia y el estatismo en el curso del desarrollo económico de China. Sin embargo, a medida que iban revelándose poco a poco los excesos de los Guardias Rojos y el maltrato a los intelectuales, el movimiento adquiría un matiz similar al de un fanatismo totalitario bajo un liderazgo dictatorial. La política de Nixon-Kissinger de tender hacia relaciones normales con la República Popular China debió plasmarse lentamente, aun cuando fuera dirigida por un republicano de derecha.

La descentralización y el Tercer Frente

A pesar de que la Revolución Cultural concluyó oficialmente en abril de 1969, muchas formas de su impronta terrorista permanecieron. Durante 1970-71, el personal militar de seguridad fue especialmente cruel en la búsqueda de antiguos miembros de un "Grupo del Dieciséis de Mayo", quizá ficticio. Se torturó a muchas personas inocentes para que confesaran haber sido miembros o bien para que delataran a otros. Varios miles de personas fueron ejecutadas, aunque todavía no se sabe a ciencia cierta si en realidad existió alguna vez ese "Grupo del Dieciséis de Mayo".

Más aún, en la década de 1970 la Revolución Cultural expandió su coerción a las áreas rurales, donde, por ejemplo, a los campesinos se les exigió abandonar toda ocupación secundaria como la cría de cerdos, gallinas y patos, con el fin de "cortar la cola del capitalismo". Para muchos campesinos ello significó la hambruna.

Cari Riskin (en Joseph y otros, 1991) ha analizado el programa económico de Mao y postula que buscaba un camino intermedio entre una economía de mercado y una economía centralmente planificada de tipo soviético. El motivo se relacionaría con el enorme tamaño de China, que conspiraba contra los ministerios centrales que intentaban manejar el desarrollo local a lo largo de todo el país. Mao quería un control centralizado, pero no una administración centralizada. Esperaba que las comunas jugaran un papel en esta última. El esfuerzo que se llevó a cabo es demasiado complejo como para explicarlo aquí en detalle. Al final, tanto las disputas políticas como las dificultades prácticas sólo produjeron un "híbrido incapacitado", en palabras de Riskin.

En un comienzo, la espectacular política de la Revolución Cultural monopolizó la atención del mundo, pero estadísticas recién publicadas muestran ahora que durante siete años de agresión norteamericana en Vietnam, desde 1964 hasta 1971, Mao realizó una inversión masiva en el desarrollo militar e industrial de las remotas provincias interiores del noroeste y sudoeste de China. Temeroso de los propósitos tanto de los soviéticos como de los norteamericanos, deseaba crear bases autosuficientes para la defensa en zonas montañosas de difícil acceso. Considerando el incremento contemporáneo de la potencia aérea, esta estrategia del Tercer Frente estaba evidentemente obsoleta; no obstante, el PCCh bajo el mando de Mao gastó ciegamente sus escasos recursos para concretarla.

Incurriendo en un enorme gasto, construyeron nuevas líneas férreas a través de las montañas para unir las nuevas industrias de armamento y maquinaria, las minas de hierro, las fábricas de acero y las centrales de energía hidroeléctrica. Como era habitual, las nuevas fábricas se hallaban dispersas a gran distancia de los centros poblados. Barry Naughton (en Joseph y otros, 1991) calcula que este programa en extremo dispendioso ocupó la mitad de la inversión de capital de la nación en las diez provincias del Tercer Frente, a pesar de que en 1965 éstas habían aportado sólo el 19% de la producción industrial de la nación. Económicamente errado desde un comienzo (como podían haber demostrado los economistas descartados por derechistas en 1957-58), este gigantesco esfuerzo de la Revolución Cultural fue tan mal planificado, tan complicado e ineficiente en sus operaciones que parte importante de él jamás logró concluirse, y en consecuencia tuvo que ser abandonado. En 1972 se suspendieron cerca de 150 de un total de 1.600 proyectos ligados al Tercer Frente, pero, como había intereses creados, solamente 81 pudieron cancelarse realmente.

Paralela a este programa estratégico del Tercer Frente se estableció una amplia descentralización de la administración industrial. A los gobiernos locales se les otorgó autonomía para instalar pequeñas industrias rurales no consideradas en la planificación central. En 1965, los ministerios centrales controlaban un total de 10.533 empresas no militares, que producían el 47% del producto industrial en manos del Estado. Hacia 1971, ese número se había reducido a 142 fábricas con un rendimiento total del 8%.

La industrialización del campo chino se había iniciado en la era de los Song, o incluso antes, cuando las familias aldeanas disponían de sus mujeres y niños para aumentar los ingresos derivados de la agricultura mediante la confección artesanal de productos tales como té, seda, tejidos de algodón, ladrillos, canastos, etc. Según Christine Wong (en Joseph y otros, 1991), en la era de las factorías las pequeñas industrias rurales constituían un "pilar central de la estrategia de desarrollo de Mao". Hacia 1979, cerca de 800 mil empresas, más casi 90 mil pequeñas centrales hidroeléctricas, empleaban a veinticuatro millones de trabajadores, generando el 15% de la producción industrial de China. Esta incluía todas las herramientas

agrícolas y la mayor parte de la maquinaria agraria pequeña y mediana, más de la mitad del fertilizante químico, dos tercios del cemento y un 45% del carbón.

Si todos estos logros se hubiesen basado en el financiamiento local, como sostienen los propagandistas, efectivamente constituirían un modelo. Pero los estudios estadísticos más recientes indican que el financiamiento estatal fue muy importante. La "confianza en sí mismos" no era más que un mito. Comparadas con plantas a gran escala, como las que producían el fertilizante, las pequeñas plantas locales eran ineficientes y muy costosas. Muchas se abrieron en forma prematura y crecieron demasiado para las necesidades locales. El sistema de incentivos no era el adecuado, pues las pérdidas podían cargarse al Estado mientras que las ganancias permanecían en la localidad. Los procedimientos de contabilidad de costos también eran imperfectos; por ejemplo, podían construirse nuevas plantas, aun cuando no existiera la necesidad, con fondos derivados de supuestas "pérdidas" de producción. Ello era aceptable puesto que nadie estaba interesado en la rentabilidad. En lugar de la anhelada autoconfianza local basada en los recursos locales y la iniciativa local, el programa de industrias rurales "cayó víctima de diversos excesos maoístas" (Wong, en Joseph y otros, 1991). Demasiados administradores del PCCh fueron excesivos e irresponsables a expensas del Estado.

Así, al iniciarse la década de 1970, China presentaba tres sectores que requerían de inversión: los proyectos del Tercer Frente que aún seguían incompletos, los pequeños proyectos descentralizados y a menudo ineficientes de los gobiernos locales y provinciales, y un nuevo sector de tecnología importada, incluyendo plantas completas que precisaban de la expansión de los puertos y de infraestructura en la costa este. Todo este crecimiento económico durante el período de la Revolución Cultural sobrepasó al PCCh, que se vio incapaz de manejarlo. Naughton señala que, al momento de la muerte de Mao en 1976, los líderes chinos, que seguían divididos entre la Banda de los Cuatro y sus oponentes, realmente habían perdido el control de la economía. Al mismo tiempo, el crecimiento económico y demográfico continuaba sin desmayo. Gracias a la fuerte inversión, el crecimiento industrial alcanzó entre 1969 y 1976 a un 13,5% a nivel nacional, mientras que la población creció de 725 millones de habitantes en 1965 a cerca de 919 millones en 1975. Entretanto, se produjo un estancamiento en la productividad rural y en los niveles de vida. Así, el principal beneficiario de la descentralización industrial parece haber sido la nueva clase de cuadros y administradores del PCCh, que ahora constituía una nueva élite local, lo que no era precisamente lo que Mao parece haber deseado.

La lucha por la sucesión

Desde 1969 existía una lucha soterrada por asegurarse la posición de "número dos" al interior del partido, que otorgaba al ganador la supuesta posibilidad de suceder al Presidente Mao a su debido tiempo. Cuando en 1969 se dio formalmente término a la Revolución Cultural, el general Lin Biao había alzado a los militares a una posición cada vez más eminente tanto en el partido como en el gobierno, y su propia posición como "número dos" parecía segura.

No obstante, entre 1969 y 1971 el liderazgo de Lin comenzó a debilitarse. Mao deseaba reducir el papel de los militares en el sistema político. En consecuencia, orquestó un ataque contra Lin, quien ya no le era de utilidad, ataque que según parece fue supervisado, como siempre, por Zhou en su calidad de Primer Ministro. La arremetida se desplegó en diversos frentes, a través del misterioso juego de palabras, fábulas y símbolos que constituyen la especialidad de la política china. Por ejemplo, cuando un opositor a Lin fue destinado al cuartel central militar bajo las órdenes de Lin, fue ostensiblemente acompañado por el Primer Ministro Zhou y dos eminentes generales de la antigua guardia. En lugar de que Mao y Lin apareciesen uno al lado del otro en las ampliamente difundidas fotografías oficiales, ahora Lin aparecía en segundo plano. Otra vez, un antiguo ayudante de Mao, que había desarrollado estrechas relaciones con Lin, fue acusado y se le exigió, como era usual, una autocrítica. Todo ello constituía un conjunto de señales y símbolos por medio de los cuales el máximo detentador del poder mostraba en qué dirección soplaban los vientos. En pocas palabras, el general Lin había sido muy útil, pero su momento ya había pasado, mientras que Zhou Enlai continuaba trabajando estrechamente con Mao desde su posición de "número tres", sobre todo en el tema de las relaciones exteriores y la rehabilitación del gobierno.

La estrategia final del Presidente Mao consistió en realizar algunos viajes, hablar con los comandantes militares regionales y criticar a Lin. Cuando éste se enteró de la noticia a través del telégrafo de bambú, supo que sus días estaban contados e inmediatamente se involucró

en un esfuerzo conspirativo dirigido intelectualmente por su hijo, que era miembro del comando central. El complot pretendía asesinar a Mao y tomar su lugar en el poder por medio de un golpe militar, como única alternativa al desastre personal. El hijo de Lin realizó secretamente todos los preparativos, pero es obvio que alguien mantuvo informados a Mao y Zhou. En su desesperación, Lin y su esposa intentaron escapar en avión, pero el 13 de septiembre de 1976 éste resultó destruido en la lejana Mongolia, cuando evidentemente se dirigía a territorio soviético.

La prensa oficial, al estilo totalitario, mantuvo sin publicar por más de un año esta noticia de primera plana; finalmente, se entregó al público una historia completa con documentos y pruebas circunstanciales. Pero lo que realmente ocurrió a Lin sigue siendo un misterio.

Después de toda la propaganda centrada en la imagen pública de Lin Piao como el líder más cercano a Mao, su repentina traición arruinó finalmente la confianza que el pueblo había depositado en este último. El anciano, o bien había sido un tonto al confiar en aquel hombre, o bien era un desvergonzado que ahora estaba mintiendo sobre él.

La Revolución Cultural en retrospectiva

Un breve recuento estadístico no alcanza a transmitir la experiencia de la revolución: ni el regocijo eufórico, aunque transitorio, de los Guardias Rojos en el poder ni tampoco el amargo sufrimiento de sus víctimas. Pronto surgiría una "literatura de los heridos" que relataba las tragedias personales de los afectados por las depuraciones: el erudito cuyo manuscrito con el trabajo de toda una vida es quemado frente a sus propios ojos, el marido que intenta en vano salvar el nivel de clase de sus hijos divorciándose de su esposa, a quien se ha calificado de derechista, el famoso novelista que es simplemente golpeado hasta morir, el anciano rector a quien se le encarga la limpieza de las letrinas de su escuela.

Como la orina y el excremento (o, en un lenguaje no literario, la mierda) constituyen en China un fertilizante esencial, allí resultó mucho más fácil de lo que habría sido en Estados Unidos el que la clase alta experimentara algo acerca de la vida de las masas populares. Para los intelectuales, el hecho de limpiar letrinas no significaba simplemente un estropajo con detergente en un excusado enlosado, ni siquiera en uno público y maloliente. Por el contrario, mientras las ciudades de una China en rápido desarrollo cuentan con instalaciones sanitarias relativamente modernas, los suburbios y la extensa zona rural han conservado el antiguo sistema de gravedad. La costumbre, tan admirada por los ecologistas, consiste en recolectar la acumulación diaria, casi tan regular como la acción de las mareas, para su posterior mezcla con otras materias orgánicas con el fin de convertirla en fertilizante para los campos. De hecho, un espectáculo digno de ver en cualquier escena rural china es la letrina del campo, donde hombres y mujeres en lados opuestos del muro central cuidan de depositar sustancias tanto líquidas como sólidas durante el día. Por lo tanto, la limpieza de letrinas no era meramente una tarea higiénica para deshacerse de materias no deseadas, sino una cuestión fundamental de abastecimiento: la conservación de un recurso. Cuando cerca de diez millones de Guardias Rojos fueron "expulsados al campo" después del descalabro de 1968, también ellos recolectaban excrementos durante la noche, aunque consideraban que el excremento negro de cerdo era un producto más rico.

Con todo, dicha labor era muchísimo menos desoladora que la humillación pública en los "mítines de lucha". A las víctimas se les podía exigir que se mantuvieran de pie sobre una plataforma, inclinando respetuosamente la cabeza hacia las masas al tiempo que reconocían y repetían sus crímenes ideológicos. A menudo debían "planear" estirando sus brazos tras de sí como las alas de un jet. En el público, podía haber lágrimas de compasión en los ojos de algún amigo, pero de su boca sólo saldrían maldiciones y risas burlonas, sobre todo si después de una o dos horas la víctima caía al suelo afectada de un colapso muscular. En la década de 1920 y 1930, las historias de Lu Xun eran especialmente amargas, pues describían la sádica risa china ante la miseria de los otros. Ahora, la revolución de Mao la organizó en una escala pública y masiva. Algunos optaron por el suicidio.

El número de víctimas de la Revolución Cultural oscila ahora en torno al millón de personas, de las cuales una cifra considerable no sobrevivió. Para los chinos, tan sensibles al aprecio de sus pares, el hecho de ser golpeados y humillados en público ante una multitud vociferante, entre la cual se hallaban colegas y viejos amigos, era como si los desollaran vivos. Por lo general la víctima se sentía culpable, como se sentiría cualquiera bajo ataque, pero especialmente a causa de su extrema lealtad y veneración a Mao y al partido. Cuando los cargos en su contra

parecían exagerados, su experiencia comenzaba a no tener sentido alguno, en especial cuando tan a menudo veían a sus antiguos torturadores convertidos en torturados tras un repentino cambio de línea. ¿Cuál era la causa por la que sufrían? La sistemática crueldad de los mítines de lucha concordaba con la aceptación por parte de la población china de esta crueldad y de los dictados de la autoridad superior, incluso si ésta sólo era representada por adolescentes ignorantes. La Revolución Cultural se alimentaba de esta dependencia que la población sentía hacia la autoridad, así como de su ciega obediencia. No existía idea alguna de una moralidad que estuviese *sometida* a la ley.

Andrew Walder (en Joseph y otros, 1991) sostiene la convincente tesis de que los observadores tienden a eliminar de su análisis factores de irracionalidad, elementos que para ellos no tienen ningún sentido, descartándolos como "excesos". No obstante, y tras la acumulación de evidencias, la Revolución Cultural hoy se entiende no como una búsqueda de ideales abstractos, sino como "una impresionante ola de persecución, tortura, lucha de pandillas y violencia insensata, todo instigado por el Estado". El rasgo más definitorio del movimiento fue la suposición de la conspiración de "enemigos y traidores ocultos" entre los intelectuales y al interior del PCCh, un tema "tomado como préstamo directo" del estalinismo de los juicios circenses y las exterminaciones en masa.

Esta oportuna imagen de la Revolución Cultural puede adquirir aún más profundidad si volvemos la vista atrás, hacia el confucianismo imperial. En sus anales, la conspiración resulta haber sido una importante modalidad de operación y una fuente primordial de temor. Por ejemplo, el fundador de la dinastía Ming desbarató la conspiración de su Primer Ministro en el año 1380 por medio de la ejecución de cuarenta mil personas; el emperador Qianlong de los Qing temió una conspiración en la década de 1760, y la Restauración de los Qing se inició con una conspiración en 1861. Por cierto, Sun Yatsen se dedicó a conspirar la mayor parte de su vida. Esta ha sido una especialidad china, a falta de una "oposición leal" basada en la distinción entre el poder del Estado y sus políticas, como en Occidente.

La conspiración era un elemento constitutivo del confucianismo imperial, puesto que la legitimidad del regidor sólo quedaba asegurada cuando su adecuada conducta producía armonía entre gobernante y gobernados. La disidencia rompía la armonía, por lo que, para protegerse, los disidentes fingían lealtad. Si intuía este engaño, fácilmente el gobernante comenzaba a tornarse suspicaz, por no decir paranoico. El sistema dejaba poco espacio para expresar abiertamente la oposición, pues la política formaba parte de la conducta moral del gobernante y por lo tanto de su legitimidad. Así, la oposición debía ser clandestina -vehiculada a través de una sociedad secreta, por ejemplo- y tenía como objetivo implícito el poder. No había cabida para una oposición leal. Mirado de esta manera se entiende por qué los ancianos del PCCh consideraron enemigos a los manifestantes en favor de la democracia que el 4 de junio de 1989 se reunieron en la plaza de Tiananmen exigiendo cambios. Aquellos que esperan una conspiración siempre pueden encontrarla.

Sin contar los temores estalinistas de conspiración y su contraparte típicamente china, Lynn T. White III (1989) destaca tres prácticas administrativas que contribuyeron a la violencia de la Revolución Cultural: 1) el atribuirle una clasificación de nivel a todas las personas, lo que dejaba a algunas familias permanentemente incapacitadas tras ser calificadas de "derechistas" o de "malos elementos"; 2) la subordinación de todo el pueblo a sus unidades de trabajo, con lo cual sus jefes les podían controlar todos los aspectos de la vida; y 3) la amenaza a toda la población, latente en una campaña u otra, donde las víctimas demostraban el desastre que podría acaecerle a cualquiera tarde o temprano. Todos estos constituían recursos baratos para controlar al pueblo, que sin embargo inspiraron un profundo y perdurable resentimiento que emergió en la violencia de la Revolución Cultural.

Muchos otros han ofrecido esclarecedores análisis de la política maoísta. Mi propia sugerencia es que los eruditos del gobierno confuciano, de mentalidad eminentemente *wen*, han dejado la historia política china a medio terminar. Tanto la conspiración como la violencia que usualmente la acompaña son de naturaleza intrínsecamente *wu*. La historia china a menudo las ha situado en un segundo plano, y los historiadores modernos no han llegado muy lejos en su desarrollo. Así, los científicos políticos tienen dificultades al momento de agregar a su dimensión comparativa la dimensión igualmente deseable del análisis histórico de China. Esta nueva frontera sin duda alguna estará pronto muy concurrida.

Consecuencias

A comienzos de la década de 1970, aunque el grupo de Shanghai encabezado por la Banda de los Cuatro continuaba dominando los medios de comunicación y de cultura, no encontró la forma de apoderarse de la administración del gobierno y de la economía, aun con el respaldo de Mao. La jerarquía administrativa, que se hallaba dedicada al desarrollo económico, poco a poco se fue coagulando en torno a Zhou Enlai, aunque Mao siguió ocupando el primer lugar en el partido. Cuando Zhou enfermó de cáncer después de 1973, tomó medidas para asegurarse de que Deng Xiaoping fuese su sucesor como Primer Ministro. Aunque Deng había sufrido persecución durante la Revolución Cultural, era un veterano experimentado, con demasiados contactos, sobre todo con los militares, y en extremo capaz y dinámico como para ser descartado como le había ocurrido a Liu Shaoqi. Justo antes de la realización del TV Congreso Nacional del Pueblo de enero de 1975, Deng se convirtió en Vicepresidente del partido y en miembro del Comité Permanente del Politburó, en el núcleo del poder. Posteriormente, el Congreso Nacional le adjudicó el cargo de primer Viceprimer Ministro, pasando a ocupar el lugar número tres en la jerarquía, tras Mao y Zhou; asimismo, se convirtió en el jefe del ejército. El Congreso Nacional también fue testigo de una de las últimas apariciones públicas de Zhou Enlai, que expuso ante ese auditorio su llamado a las Cuatro Modernizaciones.

Tras la muerte de Zhou Enlai en enero de 1976, la Banda de los Cuatro prohibió cualquier demostración de duelo, pero para el día de conmemoración de los muertos, en abril, no pudo evitar que una enorme multitud de cientos de miles de personas se reuniese en el Monumento a los Mártires de la plaza de Tiananmen para expresar su veneración al Primer Ministro fallecido. Ese día pasó a la historia como "el incidente del cinco de abril" (5-4), históricamente paralelo al del cuatro de mayo (4-5). Dirigido por los oponentes a la Banda de los Cuatro, éste reflejó la profunda desilusión popular. La manifestación fue reprimida y, conforme al espíritu de la Revolución Cultural, Deng Xiaoping fue por segunda vez retirado del poder.

Pero la Banda de los Cuatro no podía reprimir el gran terremoto que azotó Tangshan en el mes de julio, aniquilando de súbito a medio millón de personas al este de Pekín y obligando a sus residentes a permanecer en las calles. Todos y cada uno de los campesinos creía en la relación umbilical entre el hombre y la naturaleza y, por lo tanto, entre los desastres naturales y las calamidades humanas. Después de este arrollador presagio, a Mao sólo le restaba morir, y así ocurrió el 9 de septiembre de 1976. Dejó como sucesor a su doble, el perfectamente olvidable Hua Guofeng, un jefe de seguridad de Hunan. En octubre, la Banda de los Cuatro fue arrestada y sometida ajuicio. A fines de 1978, y mediante una compleja maniobra, Deng Xiaoping se hizo con el poder.

Para la mayoría de los chinos -aquellos que vivían en las aldeas- el efecto final de la Revolución Cultural puede sintetizarse en la desilusión respecto del gobierno socialista y en una renovada confianza en la familia. Repasemos, por ejemplo, las siguientes anomalías: el nivel de clase, que se atribuyó por una vez en la década de 1950, había sido heredado por la generación siguiente y ahora correspondía casi a un sistema de castas. Los hijos de los miembros pertenecientes al 6% que fue clasificado dentro de los "cuatro malos tipos" -terrateniente, campesino rico, contrarrevolucionario y mal elemento- vivían permanentemente bajo sospecha. Mientras tanto, la movilidad desde la ciudad hacia el campo continuaba interrumpida. La vida campesina era menospreciada, calificada de inferior, incivilizada y ojalá evitable. La "remisión" de unos catorce millones de jóvenes urbanos a las aldeas no había contribuido demasiado a cambiar esta imagen. El objetivo de la economía rural colectivizada, aumentar la producción, no se había conseguido y cuadros despóticos e ignorantes habían intervenido en ella en forma destructiva.

En los años 60, el culto de Mao había suplantado a los dioses locales y otras figuras de la antigua religión campesina, pero hacia mediados de la década de 1970 la violencia de la Revolución Cultural y la caída de Lin Biao habían desprestigiado su imagen. Los éxitos en el campo de la salud pública, y la Revolución Verde en el ámbito de la agricultura (introducción de fertilizantes químicos, insecticidas, mejores semillas, etc.), habían contribuido a duplicar la población. Hasta los grandes logros de la revolución en la expansión del alfabetismo a través de escuelas básicas, el transporte terrestre y la comunicación por medio de la prensa y la radio tuvieron en parte resultados contraproducentes, en tanto dejaron al descubierto cuán lejos China debía ir todavía. El imperialismo extranjero se acabó, pero lo mismo ocurrió con los estímulos extranjeros, mientras que los antiguos valores "feudales" y las prácticas corruptas permanecieron arraigados en la sociedad china.

Los historiadores futuros podrán concluir que el papel de Mao consistió en intentar destruir la perenne bifurcación de China entre un pequeño e instruido estrato gobernante y la enorme masa de la gente común. Aún no sabemos si tuvo éxito ni hasta qué punto. La economía había

comenzado su desarrollo, pero la tarea de crear una nueva estructura política quedaría en manos de sus sucesores.